

**Audiolibro Servidumbre Humana W
Somerset Maugham Cap Tulos 48 Al**

56

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ¡Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Eleonora Gibson (Brazil)** - - - - 48. Cuando volvió a Amtrano, Philip no encontró allí a Fanny Price. La muchacha había restituido la llave de su armario a mistress Otter, la cual, a la pregunta de Philip, respondió que probablemente Fanny había regresado a Inglaterra. Philip experimentó una sensación de alivio. El mal carácter de aquella muchacha había acabado por fastidiarle de veras. Por otra parte, ella insistía en darle consejos, ofendiéndose cuando él no los seguía, sin darse cuenta de que ya no era el muchacho ignorante de los primeros tiempos. No tardó en olvidarla. Ahora pintaba al óleo y rebosaba de entusiasmo. Tenía esperanzas de hacer algo importante para enviarlo al año siguiente al Salón. Lawson estaba haciendo un retrato a miss Chalice. Un temperamento indolente, unido a una pasión por las posturas un tanto picarescas, hacían de ella una modelo excelente. Todos los jóvenes que habían sufrido su fascinación le hicieron su retrato, siempre y cuando sus conocimientos técnicos estuvieran a la altura de las circunstancias. Como la vocación artística de la muchacha consistía sobre todo en vivir la vida de los artistas, no le importaba su propio trabajo. Le gustaba el calor del estudio, la oportunidad de fumar innumerables cigarrillos, y hablaba con su voz baja y agradable del amor por el arte y del arte por el amor. No hacía muchos distingos entre ambas cosas. Lawson pintaba infatigablemente, trabajando algunos días hasta casi no poderse tener en pie. A continuación rompía todo lo que había hecho. Era capaz de acabar con la paciencia de cualquiera menos con la de miss Chalice. —La única cosa que he de hacer es coger una tela nueva y empezar desde el principio —dijo un día—. Ahora sé exactamente lo que quiero y no necesitaré mucho tiempo. Philip se hallaba presente, y miss Chalice le preguntó: —¿Por qué no hace usted también mi retrato? Aprenderá usted mucho observando lo que hace Lawson. Lo de llamar a sus amantes por el apellido era una de las «delicadezas» de miss Chalice. —Con mucho gusto, si a Lawson no le disgusta. —En absoluto —replicó Lawson. Era la primera vez que Philip intentaba hacer un retrato y empezó su trabajo con indudable precipitación y también con cierto orgullo. Sentado junto a Lawson pintaba como veía pintar a éste, aprovechándose del ejemplo y de los consejos que el amigo y miss Chalice le daban. Finalmente, Lawson, cuando hubo terminado su obra, invitó a Clutton para que la analizase y diera su parecer. Clutton acababa de llegar a París. Desde Provenza se había marchado a España, yendo a Madrid atraído por Velázquez, y luego visitó Toledo. Había pasado tres meses en España y regresaba ahora con un nuevo nombre que exponer a los jóvenes. Tenía cosas maravillosas que decir sobre un pintor maravilloso llamado el Greco, que debía ser estudiado, según afirmaba, sólo en Toledo. —Lo conozco —repuso Lawson—. Era un viejo maestro que tenía la especialidad de pintar tan mal como los modernos. Más taciturno que nunca, Clutton no respondió y miró a Lawson con aire irónico. —¿Nos enseñarás lo que has traído de España? —No he dado ni una pincelada; tenía demasiado que hacer. —¿Qué tenías que hacer? —He reflexionado. Creo que he terminado de admirar a los impresionistas. Me parece que dentro de algunos años serán considerados nulos y superficiales. Haré un auto de fe con lo que he aprendido y volveré a empezar. Al volver he destruido todo lo que había pintado. En mi estudio no hay otra cosa que un caballete, los colores y alguna tela en blanco. —¿Y qué harás? —No lo sé todavía. Tengo una vaga idea de lo que deseo. Hablaba lentamente, de un modo extraño, como si tendiera la oreja para oír una cosa apenas perceptible. Parecía como si hubiera en él una fuerza misteriosa que él mismo no comprendía, pero que luchaba entre tinieblas buscando una salida. Lawson temía la crítica, y previendo que no le gustaría ahora su obra fingía despreciar la opinión de Clutton, pero Philip sabía que nada le hubiera producido placer mayor que un elogio de su compañero. Clutton miró durante un rato el retrato en silencio, y luego echó una

mirada a la tela que Philip tenía colocada en un caballete. — ¿Qué es esto? —preguntó. — ¡Oh, yo también he empezado a hacer un retrato! —El mono laborioso —murmuró Clutton. Se volvió de nuevo hacia la tela de Lawson. Philip enrojeció, pero no dijo nada. —Bien, ¿qué piensas? —preguntó Lawson. —El modelo es magnífico, y observo que el dibujo es excelente. —Y los valores, ¿te parecen exactos? —Exactísimos. Lawson sonrió dichoso. Se esponjó como un perro recién bañado. —Estoy contento de que te guste. —No he dicho eso. No concedo a tales méritos la menor importancia. La expresión de Lawson cambió; miró a Clutton estupefacto, no comprendiendo de momento lo que quería decir. Clutton no poseía el talento de saberse expresar. Lo que decía resultaba confuso y verboso, pero Philip conocía el origen de aquellas divagaciones. Clutton, que no poseía el hábito de leer, había oído aquellas ideas de Cronshaw, y, pese a que le habían producido escasa impresión, sedimentaron en el fondo de su memoria. En los últimos tiempos, emergiendo de su subconsciente, habían adquirido el carácter de una revelación; un buen pintor debía tener ante su vista dos objetivos principales: el hombre y la expresión del alma. Los impresionistas estaban absorbidos por otros problemas; habían pintado de un modo admirable al hombre sin preocuparse de su alma más de lo que se habían preocupado los retratistas del siglo XVIII. —Pero buscando eso se cae en la literatura —objetó Lawson—. Haz que pinte un hombre como lo pinta Manet y verás que el alma puede irse a freír espárragos. —Sí, si puedes superar a Manet en su mismo juego. Pero el caso es que no llegarás ni a aproximarte. No puedes nutrirte con los principios de ayer en un terreno ya estéril. Es necesario ir más adelante. Contemplando las obras del Greco he comprendido que puede obtenerse de los retratos mucho más de lo que habíamos creído hasta ahora. —Entonces lo mismo da volver a Ruskin —exclamó Lawson. —No, verás; Ruskin buscaba la moral, y yo me río de eso. La enseñanza no entra en esto, ni siquiera la ética. Sólo se trata de pasiones y de emociones. Los más grandes artistas, Rembrandt y el Greco, han pintado al hombre interpretando su alma. Sólo los de segundo orden se han limitado a pintar al hombre. El lirio del valle sería delicioso aunque no tuviera perfume, pero lo es más por su buen olor. Este cuadro —indicó el retrato de Lawson— está muy bien dibujado, pero es convencional. Sería necesario que de su expresión pudiera deducirse que la modelo es una innoble ramera. Ser correcto está bien, pero el Greco pintaba personajes de dos metros y medio de alto porque deseaba expresar algo que no podía de otro modo. — ¡Al diablo con el Greco! —exclamó Lawson—. ¿Por qué diantre hablar tanto de un artista del cual no tenemos posibilidad de ver ninguno de sus cuadros? Clutton alzó los hombros, se fumó un cigarrillo en silencio y se marchó. Philip y Lawson se miraron. —Tiene razón en lo que dice —observó Philip. Lawson miró su cuadro con mal humor. — ¿Cómo diablo se puede reproducir un estado de ánimo si no se pinta exactamente lo que se ve? En aquella época Philip contrajo una nueva amistad. Los lunes por la mañana los modelos se reunían en la escuela para que hicieran la elección de la semana. Un día fue elegido un jovencuelo que evidentemente no era modelo profesional. Su aspecto atrajo la atención de Philip: bien plantado, con las piernas largas, las manos pequeñas y la cabeza proyectada hacia delante con expresión de reto; desprovisto de grasa, sus músculos resaltaban como si fueran de acero. Llevaba el cabello cortísimo y se podía apreciar la bella forma de la cabeza. Una pequeña barba le enmarcaba el rostro, y tenía grandes ojos negros y cejas pobladas. Permanecía posando horas y horas sin cansarse. Su aire delataba una mezcla de pudor y de decisión. La fantasía romántica de Philip veía una infinidad de cosas en aquel aspecto enérgico, y cuando el modelo se vestía le parecía un rey cubierto de andrajos. Permanecía siempre silencioso. Un par de días más tarde mistress Otter le dijo a Philip que el modelo era español y que no había posado nunca. — ¿Ha observado usted el estado de su ropa? Está muy decente y pulida. Sucedió que Potter, uno de los americanos, había de trasladarse a Italia para pasar dos meses, y ofreció su estudio a Philip. El joven se sintió feliz. Empezaba a hartarse de los consejos terminantes de Lawson, y deseaba estar solo. A fines de semana se acercó al español y, con la excusa de que su dibujo no estaba terminado, le rogó que le sirviera de modelo a él solo. —No hago de modelo —respondió el español—. La semana próxima tengo otro quehacer. —Venga a comer conmigo —dijo Philip— y hablaremos. —Y al ver que el otro dudaba, añadió con una sonrisa—: ¡No le hará daño comer conmigo! El español accedió encogiéndose de hombros. Fueron a una lechería. El español mascullaba un francés rápido, difícil de seguir. Philip consiguió, sin embargo, comprenderlo. Supo que se trataba de un escritor que había ido a París para escribir novelas. Había recurrido a todos los expedientes posibles para poder vivir: lecciones, traducciones, especialmente comerciales, y por último se había visto obligado a sacar partido de su figura. Los modelos estaban bien pagados y lo que había ganado en una semana le bastaba para vivir quince días. Explicó a Philip, que le escuchaba asombrado, que podía vivir con dos francos al día. Pero mostrar su cuerpo por dinero era una cosa que le avergonzaba. Sólo el hambre podía justificar tal degradación. Philip le dijo que no quería que le sirviera su cuerpo de modelo, sino su cabeza. Quería hacer un retrato para presentarlo en el próximo Salón. —Pero ¿por qué precisamente un retrato mío? —preguntó el español. Philip respondió que su tipo le interesaba y que creía poder hacer un retrato. —No tendré tiempo. Me reprocho todos los minutos que robo a mi trabajo literario. —Pero será sólo después de comer. Por la

mañana trabajo en la escuela. Después de todo, mejor es posar para mí que traducir documentos legales o comerciales. Corrían por el Barrio Latino leyendas relacionadas con la época en que estudiantes de diversos países vivían unidos íntimamente. Pero desde hacía mucho tiempo esto no ocurría ya y las diversas naciones estaban separadas como en una ciudad oriental. En Julián o en Bellas Artes un estudiante francés que se ligara con extranjeros era mal visto por sus compañeros, y era difícil para un inglés conocer algo más que superficialmente a cualquier parisiense. Aunque hubieran pasado cinco años en París, muchos estudiantes conocían sólo el francés necesario para hacerse entender en la taberna, y vivían tan a la inglesa como si hubiesen habitado en South Kensington. Apasionado por el romanticismo, Philip se sintió feliz ante la ocasión que le ponía en contacto con un español; e hizo uso de todo su talento persuasivo para vencer la repugnancia que aquel hombre sentía. — ¿Sabe usted lo que haremos? — dijo el español—. Posaré para usted, pero no por dinero. Lo haré por mi propio gusto. Philip protestó, mas el otro se mostró inflexible. Al cabo se pusieron de acuerdo, conviniendo en empezar el lunes siguiente a la una. El español dio a Philip una tarjeta en la que estaba estampado su nombre: Miguel Ajuria. Miguel asistió a las sesiones regularmente, y aunque se negaba a aceptar un salario, de vez en cuando pedía prestados a Philip cincuenta francos. Para Philip la cosa le resultaba más cara que si pagara las sesiones, pero aquello le producía al español la satisfactoria sensación de que no se ganaba la vida de un modo denigrante. Su nacionalidad hacía que Philip le considerase un personaje romántico y le interrogase sobre Sevilla y Granada, sobre Velázquez y Calderón. Poco a poco, con la exuberante retórica propia de su raza, fue revelando sus ambiciones. Estaba escribiendo una novela que esperaba que le hiciese célebre. Se encontraba bajo la influencia de Zola y había situado la acción en París. Contó a Philip el argumento. A Philip le pareció estúpido y grosero. Su ingenua obscenidad — *C'est la vie, mon cher, c'est la vie*, exclamaba el autor — servía sólo para intensificar el convencionalismo de la acción. Miguel escribía desde hacía dos años en medio de increíbles privaciones, negándose todos los placeres que le habían empujado a París, luchando con el hambre por amor al arte, decidido a acabar su obra a pesar de todo. Era un esfuerzo verdaderamente heroico. — Pero ¿por qué no escribe usted alguna cosa sobre España? — preguntó asombrado Philip—. Sería mucho más interesante. — París es el único lugar que puede interesarme; París es la vida. Un día llevó consigo una parte del manuscrito y leyó algunos fragmentos traduciéndolos a su pésimo francés, el cual comprendía Philip a duras penas. Era algo desolador. Philip, desconcertado, miraba su cuadro. El cerebro que había tras aquella vasta frente era vulgar, y aquellos ojos apasionados y llameantes sólo veían la superficie de la vida. Philip estaba descontento de su retrato, y después de cada sesión borraba casi siempre lo que había hecho. ¿Cómo era posible definir las intenciones de su alma cuando la gente parecía formada de contradicciones? Miguel le era simpático, y el hecho de que su magnífico esfuerzo fuera inútil le desolaba; aquel hombre tenía todo lo que hacía falta para ser buen escritor, menos talento. Philip observaba su propio trabajo. ¿Valía algo o era tiempo perdido? Estaba claro que la voluntad de llegar no bastaba, y la fe en sí mismo no significaba nada. Volvió a pensar en Fanny Price. Aquella joven tenía una fe enorme en su propio talento y una fuerza de voluntad extraordinaria. — Si creyera no poder triunfar algún día en alguna cosa grande preferiría renunciar — decía a Philip—. No vale la pena ser un artista mediocre. Una mañana, al salir, el portero le llamó para entregarle una carta. Sólo le escribía tía Louisa, y algunas veces Hayward; aquella caligrafía le era desconocida. Decía: Le ruego que venga en cuanto reciba esta carta. No puedo más. Venga usted mismo, haga el favor. No puedo soportar la idea de que cualquier otro me toque. Deseo hablar con usted. — F PRICE—. No como desde hace tres días. Philip sintió un gran sobresalto. Con gran prisa se dirigió hacia la casa donde habitaba la joven, asombrado de que todavía estuviera en París. No la veía desde hacía varios meses y estaba seguro de que había vuelto a Inglaterra. Cuando llegó preguntó al concierge si estaba en casa. — Sí, hace ya dos días que no la veo salir. Philip subió la escalera corriendo y llamó a la puerta. No obtuvo ninguna respuesta. La llamó. La puerta estaba cerrada con llave, y mirando por el agujero vio que la llave estaba en la cerradura. — ¡Oh, Dios mío, con tal de que no haya hecho una locura! — exclamó en voz alta. Volvió a bajar rápidamente y dijo al concierge que era seguro que la joven estaba en su cuarto. Había recibido una carta de ella y temía lo peor. Sugirió la idea de echar la puerta abajo. El concierge, que al principio había escuchado de mala gana, se asustó. No podía asumir la responsabilidad de echar la puerta abajo. Era necesario ir a buscar al *commissaire de police*. Fueron juntos a la comisaría y llamaron a un herrero. Philip supo que miss Price no había pagado el último trimestre de alquiler y a principio de año no había dado al concierge la propina que la costumbre hacía que se considerase como un derecho el recibirla. Los cuatro subieron la escalera y llamaron de nuevo. Ninguna respuesta. El herrero se puso a trabajar y al cabo pudieron entrar en la habitación. La desgraciada mujer yacía en su cama, inmóvil; el cuerpo estaba frío. 49. La historia que Philip consiguió reconstruir casi en su integridad era espantosa. Una de las lamentaciones de las otras estudiantes contra Fanny Price era que ésta rehusaba compartir siempre sus alegres comidas en el restaurante; la razón era obvia: su horrenda pobreza. El joven recordó la comida que habían efectuado juntos a poco de haber llegado él a París y la avidez de la muchacha, que

tanto le había disgustado. Comprendía ahora que si Fanny comía con aquella voracidad se debía a que estaba hambrienta. El concierge le hizo saber en qué consistía su alimentación. El lechero le traía todos los días un litro de leche, la mitad del cuál era consumido a mediodía, al volver de la escuela, junto con la mitad de un panecillo que Fanny compraba al regresar a su casa. El resto servía para la noche. Así todos los días. ¡Cómo debía de haber sufrido! Jamás había confesado que era más pobre que los otros, pero estaba claro que su dinero se había terminado y que al final no le había sido posible seguir yendo al estudio. La habitación estaba casi desnuda y no había otros trajes que el vestido de color castaño que siempre había llevado. Philip buscó entre sus cosas la dirección de cualquier amiga a quien comunicar su muerte. Encontró una hoja de papel en la que su nombre estaba escrito una veintena de veces. Esto le produjo una extraña impresión. Por lo visto era verdad que le amaba. Pero si le había amado, ¿por qué no le permitió ayudarla? Él lo hubiera hecho de buena gana. Experimentó un vivo remordimiento por no haber sabido comprender que ella alimentaba sentimientos especiales hacia él, y ahora cierta frase de su carta le parecía profundamente patética: «No puedo soportar la idea de que cualquier otro me toque». Había muerto de hambre. Finalmente Philip encontró una carta que terminaba: «Tu afectísimo hermano Albert». Tenía la fecha de dos o tres semanas antes. Procedía de Surbiton —estaba la dirección— y había sido escrita para negar un préstamo de cinco libras. El remitente tenía que pensar en su mujer y en sus hijos. No le parecía justo prestarle el dinero y aconsejaba a Fanny que regresara a Londres para buscar trabajo. Philip envió un telegrama a Albert Price y poco después recibió esta respuesta: Profundamente afligido. Difícil para mí dejar mis asuntos. Ruego notifique si mi presencia es indispensable. PRICE Philip contestó afirmativamente y al día siguiente, por la mañana, un extranjero se le presentó. —Soy Price —dijo cuando Philip le abrió. Era un tipo vulgar, vestido de negro, con una cinta de crespón alrededor del sombrero. Tenía algo de las maneras desmañadas de Fanny. Llevaba el bigote recortado y hablaba con acento dialectal. Philip le invitó a entrar, le relató las particularidades del drama y le dijo lo que había hecho. Mientras tanto, Price lanzaba a su alrededor miradas oblicuas. —No es necesario que la vea, ¿verdad? —preguntó—. Mis nervios no están muy bien. Empezó a hablar a borbotones. Era comerciante de caucho y tenía mujer y tres hijos. Fanny trabajaba como institutriz, y él no acertaba a comprender cómo no había continuado en su trabajo en lugar de venir a París. —Mi esposa y yo le habíamos dicho miles de veces que París no es la ciudad a propósito para una muchacha, sin contar que con el arte no se medra. Era evidente que no había estado en buenas relaciones con su hermana y que aún le guardaba rencor por haberse suicidado, como si con ello le hubiese ocasionado algún perjuicio. Le molestaba que hubiese vivido en la mayor miseria, pues le parecía que esto era un baldón para la familia. Hubiera querido que el motivo del suicidio fuera algo más respetable. —¿No tendría relaciones amorosas? Ya sabe usted lo que quiero decir. En París... Puede haberse visto obligada a tomar esta resolución extrema para evitar el deshonor. Philip notó que se ponía colorado y maldijo su propia debilidad. Los pequeños y penetrantes ojos de Price parecía como si le mirasen con cierto recelo. —Me parece que su hermana era completamente virtuosa. Se ha matado por hambre. —Esto es duro para nuestra familia, mister Carey. No hubiera tenido ella más que escribirme. Yo no hubiese dejado a mi hermana que viviese en esas condiciones. Philip había encontrado la dirección del hermano leyendo la carta en la que éste le negaba su préstamo; pero se encogió de hombros. Era inútil andarse ahora con recriminaciones. Aquel hombrecillo le era odioso y no veía la hora de quitárselo de encima. También Albert Price deseaba marcharse lo más pronto posible a Londres. Entraron en la miserable habitación donde la pobre Fanny había vivido. Price miró los muebles y las telas. —Yo no entiendo mucho de arte, pero supongo que estos cuadros valdrán alguna cosa, ¿verdad? —No valen nada en absoluto. —Los muebles no valen ni diez chelines. Albert no sabía ni una palabra de francés y Philip hubo de encargarse de todo. Tuvo que seguirse un largo proceso antes de poder dar sepultura a aquel pobre cuerpo. Hubieron de obtenerse documentos en un lugar, hacerlos firmar en otro y ver a una gran cantidad de funcionarios. Durante tres días, Philip estuvo ocupado desde la mañana hasta la noche. Al cabo, junto con Albert Price, acompañó al cadáver hasta el cementerio de Montparnasse. —Deseo hacer una cosa decente —había dicho Price—. Pero me parece inútil tirar el dinero. La breve ceremonia fue de una tristeza infinita en el frío de la madrugada. Media docena de personas que habían frecuentado el estudio con Fanny Price fueron al entierro. Mistress Otter, porque era massière y creía que era su deber; Ruth Chalice, porque era una buena muchacha, y, además, Lawson, Clutton y Flanagan. Ninguno de ellos había sentido simpatía por la chica mientras estaba viva. Al contemplar el cementerio lleno de monumentos, algunos sencillos y pobres, otros vulgares, feos y presuntuosos, Philip se estremeció. Cuando salieron, Albert Price le invitó a comer. A Philip le pareció más odioso que nunca y estaba cansado: había dormido mal, soñando constantemente con Fanny Price, vestida con su único traje. Pero no supo dar con una excusa que le librara de aquel hombre. —Lléveme a un sitio donde se coma bien. Todo esto me ha trastornado los nervios. —L'avenue es lo mejor por aquí —repuso Philip. Price se dejó caer en el diván de terciopelo con un suspiro de alivio. Pidió una comida sustanciosa y vino. — ¡Estoy contento de que todo haya terminado!

Dirigió a Philip alguna pregunta insidiosa. Era evidente su curiosidad por conocer algunas cosas sobre la vida de los artistas en París. Se la imaginaba como una sucesión de orgías que su fantasía le representaba rebosante de obscenidades, y preguntaba detalles sobre tales depravaciones. Guiñando un ojo y con risa sofocada hizo comprender a Philip que estaba al corriente de todo lo que el joven no quería confesar. Era un hombre corrido y sabía cómo andaba el mundo. Preguntó a Philip si había estado alguna vez en las boîtes de Montmartre, célebres desde el Temple Bar al Royal Exchange. Le hubiera gustado también poder decir que había estado en el Moulin Rouge. La comida fue espléndida y el vino excelente. Cuando hacía la digestión, Albert Price se volvía siempre más expansivo. —Tomaremos unas copitas de coñac —dijo cuando el camarero llevó el café—. ¡No se repara en gastos! Se frotó las manos. —Estoy casi tentado a pasar aquí la noche y marcharme mañana. ¿Y si pasáramos la velada juntos? —Si espera que yo le lleve a dar una vuelta por Montmartre está usted muy equivocado —exclamó Philip. —Ya. Sería inconveniente. Esta respuesta fue pronunciada con tal seriedad que Philip la encontró divertida. —Y por otra parte sería desastroso para sus nervios —afirmó gravemente. Albert Price acabó diciendo que le convenía marcharse a Londres en el tren de las cuatro y se despidió de Philip. —Hasta la vista, buen amigo. Haré por volver a París uno de estos días y entonces nos divertiremos de lo lindo. Demasiado agitado para trabajar aquella tarde, Philip se encaramó a un ómnibus y atravesó el Sena para ver cómo estaban de cuadros nuevos en casa de Durand-Ruel. Luego deambuló por el bulevar. Era un día frío y ventoso y los transeúntes avanzaban muy de prisa arrebujados en sus abrigo, con la cabeza entre los hombros y el rostro enrojecido por el frío. La tierra del cementerio de Montmartre debía de estar extremadamente fría entre aquellas blancas piedras sepulcrales. Philip se sintió solo en el mundo, poseído por una extraña nostalgia. Experimentó la necesidad de hablar con alguien. A aquella hora, Cronshaw estaba trabajando. Clutton no acogía nunca de buena gana a los visitantes. Lawson estaba haciendo otro retrato a Ruth Chalice y no quería que le molestasen. Pensó en ir a ver a Flanagan. Lo encontró pintando, pero dispuesto a dejar los pinceles y ponerse a charlar. El estudio era cómodo y disfrutaba de excelente temperatura, ya que el americano era el que disponía de más dinero entre todos los compañeros. Mientras Flanagan preparaba el té, Philip miró las dos cabezas que el dueño de la casa esperaba enviar al Salón. —Es necesario tener la cara muy dura para enviar alguna cosa —dijo Flanagan—. Pero de todas formas quiero arriesgarme. ¿Te parece muy malo? —Menos malo de lo que creía. En realidad demostraba una habilidad sorprendente. Las dificultades habían sido evitadas con indudable astucia y los colores habían sido distribuidos de una manera nueva, extraña e incluso atrayente. Sin cultura y sin técnica, Flanagan pintaba con la fácil pincelada de un pintor que poseyera una larga práctica artística. —Si estuviera prohibido mirar un cuadro más de treinta segundos, serías un gran maestro —dijo sonriendo Philip. Aquellos jóvenes no tenían costumbre de adularse. —Pero en América no tenemos tiempo de permanecer más de tres segundos delante de un cuadro —contestó, sonriendo el otro. Flanagan, aunque era el tipo más sin seso del mundo, estaba dotado de una sensibilidad sorprendente y simpatiquísima. Cuando un compañero estaba enfermo se situaba junto a él como enfermero. Su alegría era mejor que cualquier medicina. Como muchos de sus compatriotas no sentía el horror hacia el sentimentalismo que sienten los ingleses, que les impide toda manifestación patética. No pareciéndole absurdo mostrar los propios sentimientos, demostraba poseer una simpatía exuberante que a menudo resultaba preciosa a sus amigos, singularmente cuando les dominaba un estado de ánimo melancólico. Vio que Philip se sentía deprimido y quiso alegrarle. Exageró los americanismos que hacían reír a los ingleses e inició una conversación vivaz, rebosante de fantasía y de ingenio. Fueron a cenar juntos y luego se dirigieron a la Gaité Montparnasse, que era el local favorito de Flanagan. Al final de la velada éste dio pruebas de un humor extravagante. Había bebido bastante, pero su embriaguez más era debida a su propia exuberancia que al alcohol. Propuso ir al Bal Bullier, y Philip, demasiado agitado para irse a la cama, aceptó de buena gana. Sentáronse en una mesita sobre la plataforma lateral, un poco elevada sobre el nivel de la sala, de modo que podían ver a las parejas que bailaban. Bebieron un vaso de cerveza. De pronto Flanagan descubrió a un amigo. Dando un grito salvaje saltó a la balastrada, cayendo en medio de los bailarines. Philip permaneció observando el gentío. Bullier no era desde luego un lugar elegante. No obstante ser jueves, estaba llenísimo. Había muchos estudiantes de las distintas facultades y una cantidad de empleados y dependientes de tiendas que llevaban sus trajes de diario comprados hechos o bien taités de pretensiones. Tenían el sombrero puesto, ya que, habiendo entrado con él en la sala, no habían encontrado sitio donde dejarlo. Entre las mujeres algunas parecían criadas y otras paseantes de acera, mal maquilladas, pero la mayor parte eran modistillas y dependientas vestidas pobremente, con vestidos que intentaban imitar cuanto podían a los de los elegantes almacenes de la otra orilla. Las profesionales buscaban parecerse a la cancionista o a la bailarina que estaba de moda en aquel momento y llevaban una gran cantidad de negro debajo de los ojos y un rojo inverosímil en las mejillas. La sala aparecía iluminada por enormes lámparas blancas colocadas muy bajas, que acentuaban las sombras sobre los rostros, endureciendo las facciones y haciendo aparecer los colores más

crudos. Apoyado en la balaustrada, Philip miraba hacia abajo sin oír la música. Las parejas bailaban sin descanso, dando vueltas lentamente alrededor de la sala, hablando poco y dedicando toda su atención a la danza. Los rostros relucían de sudor. A Philip le pareció que todos habían olvidado la máscara que esconde por lo general la verdadera personalidad, y ahora los veía como eran realmente. En aquellos momentos de abandono todos tenían una extraña expresión animal. Unos parecían lobos, otros zorros y otros poseían el rostro largo y estúpido de la oveja. La piel de todos era flácida a causa de la vida malsana y de la pobreza. Sus facciones estaban marchitas y sus ojos esquivos poseían una expresión astuta. Para todos la vida era una sucesión de intereses mezquinos y pensamientos bajos. La atmósfera, pesada, despedía un acre olor a humanidad. Pero bailaban sin tregua, como si fueran arrastrados por una extraña fuerza interior, por una invencible obsesión de gozar del placer. Todos intentaban evadirse desesperadamente, zafarse de un mundo de horrores. El deseo de gozar, que según Cronshaw era el único móvil de toda acción humana, los impulsaba ciegamente. Y la misma vehemencia del deseo parecía como si restase a éste toda posibilidad de placer. Se hubiera dicho que los arrastraba un fuerte viento, sin saber adonde y sin saber por qué. Parecían bailar como si las tinieblas eternas estuvieran bajo sus pies. El silencio con que lo hacían producía un vago terror; era como si la vida los aterrorizase quitándoles la facultad de hablar, de modo que el grito del corazón quedase estrangulado en la garganta. Sus ojos permanecían fijos y tristes, y no obstante la lujuria bestial que brillaba entre ellos, a pesar de la vulgaridad y de la crueldad, a pesar de la estupidez, peor que otra cosa cualquiera, la angustia de los ojos fijos hacía que aquella multitud pareciera terriblemente patética. A Philip le producía disgusto aquella gente, y, sin embargo, el corazón le dolía a causa de la piedad infinita que le inspiraban. Fue a buscar su abrigo al guardarropa y salió al frío punzante de la noche. 50. Philip no conseguía olvidar el triste acontecimiento. Lo que más le turbaba era la inutilidad de los esfuerzos de Fanny. Nadie había trabajado más intensamente que ella ni con mayor sinceridad. Había creído con entusiasmo en sí misma, pero era evidente que la confianza en uno no bastaba. Todos poseían una gran confianza, incluso Miguel Ajuria, y Philip se sentía impresionado por el contraste entre la heroica resistencia del español y la mediocridad de sus resultados. Lo desgraciado que había sido en el colegio hizo que en Philip se desarrollase la facultad analítica. Y esta manía, tan sutil como el hábito de los estupefacientes, se había adueñado de él hasta conseguir darle una especial agudeza para el análisis de los propios sentimientos. Se daba perfecta cuenta de que el arte lo conmovía de modo distinto a los otros. Un cuadro bello producía a Lawson un escalofrío inmediato; su comprensión era instintiva. Hasta Flanagan sentía alguna cosa, mientras en Philip el sentimiento se supeditaba al pensamiento. Para él la comprensión consistía en un proceso intelectual. Y se decía que si tuviera temperamento artístico —la frase no le gustaba, pero no conseguía dar con otra— habría sentido la belleza de un modo emotivo e irracional. Empezó a preguntarse si en él no habría más que una habilidad manual completamente superficial, que le permitía copiar los objetos con exactitud. Esto no era nada. Había aprendido ya a despreciar la destreza técnica. Lo que importaba era sentir como artista. Lawson pintaba de cierta manera porque aquélla era su naturaleza, y a pesar de las imitaciones de un estudiante sensible a todas las influencias, su personalidad se iba afirmando. Philip examinó el retrato hecho por él de Ruth Chalice. Ahora que habían transcurrido tres meses se daba cuenta de que era una copia servil de Lawson. Percibió su esterilidad. Pintaba con el cerebro cuando debería hacerlo con el corazón. Le quedaba ya muy poco dinero, apenas mil seiscientas libras. Así que se imponía la más severa economía. Pasarían diez años por lo menos antes de que ganara algo. La historia de la pintura estaba llena de artistas que nunca habían ganado un céntimo. Era necesario resignarse a vivir en la mayor pobreza. Valdría la pena de hacerlo si supiera que alguna vez había de producir algo inmortal; pero temía, sobre todo, no pasar de ser un pintor mediocre. ¿Valía la pena de renunciar a cambio de esto a la juventud, a la alegría de vivir, a la posibilidad de existir? Conocía bastante la vida de los pintores extranjeros en París para que no le pareciera provinciana y limitada. Algunos habían perseguido durante veinte años una notoriedad que nunca consiguieron alcanzar, terminando sus días en medio de la mayor sordidez, alcoholizados. El suicidio de Fanny había despertado el mundo de los recuerdos, y Philip oyó contar historias espantosas de gente que se había hundido de aquel modo en la desesperación. Recordó el consejo desdeñoso que el profesor dio a la pobre Fanny. Hubiera sido un bien para ella seguirlo y renunciar a las tentativas desesperadas. Philip terminó el retrato de Miguel Ajuria y decidió mandarlo al Salón. Flanagan mandaba dos telas, y Philip estaba convencido de que la suya no era peor. Se había encariñado tanto con aquel retrato que no podía menos de hallarle algún mérito. Desde luego, cuando lo miraba le parecía siempre que había algo que no estaba bien. Pero no acertaba a comprender qué era. Cuando se encontraba lejos de él hacía acopios de valor y no se sentía descontento. Lo envió al Salón y fue rechazado. Al pronto no se afligió, pues había hecho todo lo posible para convencerse de que tenía pocas esperanzas de que fuera aceptado. Pero pocos días después Flanagan vino a anunciarle a él y a Lawson que una de sus telas había sido aceptada. Palidísimo, Philip le felicitó. Flanagan estaba demasiado embargado por la alegría para que se diera cuenta de la amargura que Philip no

consiguió disimular. Pero Lawson no tardó en notar el tono y miró a Philip con curiosidad. Sabía desde hacía dos días que también su cuadro había sido aceptado, y el gesto de Philip le causaba ligero disgusto. Se quedó asombrado de la pregunta que Philip le dirigió en cuanto el americano se marchó. —Si estuvieras en mi lugar, ¿lo mandarías todo a paseo? — ¿Qué quieres decir? —Me pregunto si vale la pena de llegar a ser un pintor mediocre. En las demás profesiones —medicina o comercio— la mediocridad no hace mucho al caso. Se gana para vivir y se sale adelante. Pero en el arte no ocurre así. Lawson estimaba a Philip. Dándose cuenta de que estaba disgustado de veras por su fracaso, intentó consolarle. Todo el mundo sabía que el Salón había rechazado cuadros que luego se hicieron célebres. Además, era la primera vez que Philip mandaba alguna cosa y no era de extrañar que le hubieran rechazado su obra. Por otra parte se explicaba claramente el éxito de Flanagan. Su obra era vistosa y superficial; se trataba del género de pinturas a propósito para gustar a un jurado convencional. Philip se impacientó. Le resultaba humillante que Lawson creyera que se disgustaba en serio por aquella tontería y no se diera cuenta de que su abatimiento era debido a la falta de fe en su talento. Desde hacía algún tiempo Clutton se había retirado del grupo que comía en Gravier y vivía completamente solo. Flanagan decía que estaba enamorado, pero el continente austero de Clutton no parecía corroborar la hipótesis y Philip creyó que probablemente había sentido necesidad de separarse de sus amigos para ver más claro en sus nuevas ideas. Pero aquella noche, después que los otros salieron del restaurante para marcharse al teatro, dejando solo a Philip, Clutton apareció y pidió de cenar. Ambos amigos se pusieron a hablar y Philip, dándose cuenta de que el otro se encontraba más comunicativo y menos irónico que de ordinario, decidió aprovecharse de ello. —Querría que vinieras a ver mi cuadro. Me gustaría saber qué te parece. —No pienso complacerte. — ¿Por qué? —preguntó Philip enrojeciendo. Se trataba de un favor que todos los componentes del grupo se pedían mutuamente y ninguno se negaba a hacerlo. Clutton hizo un movimiento de hombros. —La gente pide que le hagan la crítica del cuadro, pero en realidad lo que desea es sólo elogios. Por otra parte, ¿para qué sirve la crítica? ¿Qué importa que tu cuadro sea bueno o malo? —A mí me importa. —No. La única razón por la que uno pinta es porque no puede hacer otra cosa. Es una ficción como otra cualquiera. Uno pinta para sí mismo, de otro modo se mataría. Reflexiona un poco. Se pasa Dios sabe cuánto tiempo y se suda sangre para colocar algo que vale la pena en el lienzo, ¿y cuál es el resultado? El cuadro es rechazado diez veces, nueve. Pero si lo aceptan, el público lo mira al pasar durante diez segundos. Si el pintor tiene suerte, cualquier estúpido ignorante compra la tela para colgarla en la pared de su casa sin que se le ocurra volver a mirarla. La crítica no tiene nada que hacer con el artista. La crítica juzga objetivamente, pero el artista no se preocupa nada del punto de vista objetivo. Y Clutton colocó sus manos sobre los ojos para concentrar mejor su pensamiento. —En el artista la visión se traduce en una sensación personal que siente la necesidad de expresar y, sin que sepa explicar el por qué, su sentimiento lo puede expresar sólo por medio del dibujo y del color. Lo mismo le pasa al músico. Lee un par de versos y cierta combinación de notas se presenta en su espíritu; aunque en realidad él no sabe por qué, aquellas frases hacen nacer en él esas notas. Te diré otra razón que prueba que la crítica carece de significado: un gran pintor obliga al mundo a ver la naturaleza como él la ve; en la siguiente generación otro artista la ve de manera diferente, pero el público continuará juzgando según la obra de su predecesor. Así el grupo de la Escuela de Barbizón enseñó a nuestros padres a ver los árboles de cierta manera y cuando Monet llegó y empezó a pintarlos de otra manera, el público dijo: «Pero los árboles no son así». Y a ninguno se le ocurrió pensar que los árboles son exactamente como un pintor desea verlos. Pintamos de dentro a fuera; si imponemos nuestra visión al mundo nos llaman «grandes pintores»; si no la imponemos, nos ignoran completamente. Pero existimos lo mismo en un caso que en otro. No damos importancia a la grandeza o a la pequeñez. Lo que ocurre a nuestra obra, después de hecha, no nos interesa; ya pusimos en ella todo lo que pudimos cuando la creábamos. Siguió una pausa, durante la cual Clutton devoró vorazmente todo lo que le habían puesto delante. Philip le observaba fumando un cigarro barato. La dureza de aquella cabeza, que parecía esculpida en piedra refractaria al buril de los escultores; la pelambreira oscura, la gran nariz y la potente mandíbula producían la impresión de un hombre fuerte; sin embargo, Philip se preguntaba si aquella máscara no escondía quizás una extraña debilidad. El hecho de que se negara a mostrar sus obras podía ser mera vanidad o bien que no podía soportar que las criticaran y no quería correr el riesgo de que no se las admitieran en el Salón. Quería ser recibido allí como un maestro, sin que nada le obligase a disimular la opinión que tenía de sí mismo. Durante los dieciocho meses que hacía que Philip le conocía, Clutton se había mostrado cada vez más áspero y amargo, y aunque se negaba a competir con sus condiscípulos, se indignaba con sus fáciles éxitos. Lawson le impacientaba. Desde hacía algún tiempo las relaciones entre ellos no eran tan íntimas como cuando Philip había empezado la amistad con ellos. —Lawson tiene razón —continuó diciendo con marcado desprecio Clutton—. Volverá a Inglaterra, llegará a ser un pintor de retratos a la moda, ganará diez mil libras al año, y antes de que tenga cuarenta años será miembro de la Royal Academy. ¡Especialidad en retratos a mano para la nobleza y la burguesía! También Philip miraba el porvenir y veía a Clutton

transcurridos veinte años: amargado, solitario y desconocido. Siempre viviendo en París porque no podía renunciar a él. Dominando un pequeño cenáculo con su lengua punzante. En guerra contra sí mismo y contra el mundo. Produciendo muy poco en su siempre creciente aspiración hacia una perfección que nunca podría alcanzar, y por fin, naufragando en la embriaguez. Desde hacía algún tiempo Philip era perseguido por la idea de que tenemos una sola vida y que ésta no debe ser desperdiciada. Mas para no desperdiciarla no bastan el dinero y la celebridad, aunque en la actualidad no supiera lo que hacía falta: seguramente variedad de experiencias y desenvolvimiento de las propias facultades. Sea lo que fuese, era evidente que la vida a que Clutton estaba destinado era difícil. Su única justificación era poder pintar obras de arte inmortales. Recordó la chocante metáfora de Cronshaw referente al tapiz persa. Había pensado varias veces en ello, pero Cronshaw, con su humorismo faunescos, se había negado a explicársela, repitiendo que la cosa no tenía ningún significado si no se descubría por sí mismo. La incertidumbre de Philip sobre su carrera artística no era otra cosa que su deseo de triunfar en la vida. Pero Clutton continuó: — ¿Te acuerdas de lo que te conté sobre uno que conocí en Bretaña? Le volví a ver aquí el otro día. Se ha marchado a Tahití. Había roto toda relación con el mundo: brasseur d'affaires, con mujer e hijos, ganaba una porrada de dinero, pero lo mandó todo a paseo para dedicarse del todo a la pintura. — ¿Y su familia? — preguntó Philip. — Los dejó plantados a todos. Los ha dejado morir de hambre. — ¡Pues me parece un verdadero canalla! — Querido amigo, el que quiere conducirse como una persona decente debe renunciar a ser artista. Son dos cosas que no se avienen. Hay desgraciados que pintan cuadritos para mantener a su vieja madre; pues bien, son buenos hijos, pero esto no los exime de ser malos pintores. Son sólo comerciantes. Un artista dejaría que su madre fuese al asilo de ancianos. Conozco un escritor que me ha dicho que su mujer murió de parto. La amaba y estaba transido de dolor, pero sentado en su cabecera y mirándola se sorprendió anotando mentalmente el aspecto que ofrecía la moribunda, lo que decía y sus propios sentimientos. No es muy propio de un gentleman, ¿no es verdad? — Pero ese amigo tuyo, ¿es buen pintor? — Todavía no. Por ahora cultiva el género de Pissaro; no se ha encontrado todavía a sí mismo, pero posee el sentido del color y de la decoración. Por otra parte, la cuestión no es ésa. Se trata de temperamento, y éste no le falta. Se ha comportado como un canalla con su mujer y con sus hijos, y se comporta como un canalla con todos los que le han ayudado. A veces la bondad de sus amigos le ha salvado de morir de hambre. Pues bien, él ha correspondido de la peor manera, pero es un gran artista. Philip reflexionó sobre aquel hombre dispuesto a sacrificarlo todo, comodidad, dinero, casa, amor, deber, sólo por: desarrollar en la tela las emociones que el mundo le producía. Era una cosa magnífica, pero él no tenía valor para ello. Al pensar en Cronshaw recordó que hacía una semana que no le veía, así que al dejar a Clutton se dirigió al café donde estaba seguro de encontrarle. Durante los primeros meses de su estancia en París, Philip había aceptado como si se tratase del Evangelio todas las frases de Cronshaw, pero ahora su sentido práctico se rebelaba contra todas aquellas estériles teorías. Las pocas poesías de Cronshaw que conocía no le parecían un resultado proporcionado a la sordidez de su vida. Philip no acertaba a librarse de sus instintos burgueses, que tenían la fuerza de su atavismo en él, y la penuria y el trabajo de perros que Cronshaw había de soportar para poder vivir, la monotonía de aquella existencia que transcurría entre su sucia casa y la visita al café, chocaba con su sentido de las conveniencias. Cronshaw era bastante hábil para no darse cuenta de que el joven desaprobaba sus palabras, y agravaba su filisteísmo con una ironía a veces humorística y a veces aguda. — Es usted un comerciante — decía a Philip —. Quiere usted invertir su vida en títulos del Estado de modo que le dé seguro su famoso tres por ciento. Por el contrario, yo soy un despilfarrador que me estoy comiendo mi capital. Gastaré mi último penique con el último latido de mi corazón. La metáfora irritaba a Philip porque daba al que hablaba un aire romántico y tendía un velo sobre la situación cuya ventaja sentía Philip instintivamente, aunque sin darse cuenta de ello. Pero aquella noche, en su indecisión, Philip deseaba hablarle de sí mismo. Afortunadamente era ya tarde y del montón de platillos que había sobre la mesa de Cronshaw podía deducirse que el poeta se encontraba ya en el estado de espíritu necesario para considerar las cosas con indiferencia. — Quería pedirle un consejo — dijo inesperadamente Philip. — Que naturalmente no seguirá usted. Philip se encogió de hombros impaciente. — No creo poder llegar a ser una gran cosa como pintor, y me parece inútil convertirme en un artista mediocre. Estoy pensando en dejarlo todo. — ¿Y por qué no? Philip titubeó un tanto. — Esta vida me gusta. El rostro plácido y rotundo de Cronshaw cambió de pronto. Los ángulos de su boca se relajaron y sus ojos se hundieron. Pareció como si de pronto se hubiera vuelto viejo y encorvado. — ¿Esta vida? — gritó girando la vista por la sala del café, con la voz algo temblorosa—. Si puede usted librarse, hágalo, ya que aún está a tiempo. Philip le lanzó una mirada de estupor, pero la emoción de los otros le intimidaba siempre, por lo que bajó los ojos. Sabía que en aquel momento asistía a la tragedia de no tener éxito. Siguió su silencio. Cronshaw, probablemente, consideraba su propia existencia y recordaba su juventud con sus brillantes esperanzas y las desilusiones que habían apagado todo el esplendor, la mísera monotonía del placer y el porvenir oscuro. La mirada de Philip se fijó en el montón de platillos, y notó que los ojos de Cronshaw se habían

clavado en el mismo sitio. 51. Pasaron dos meses. Reflexionando sobre todas estas cosas. Philip se iba convenciendo de que en los pintores, escritores y músicos había una fuerza que los empujaba a abastecerse en su trabajo de un modo tan completo que era inevitable que subordinasen la vida al arte. Sucumbiendo a una influencia de la cual se daban cuenta, se convertían en el cebo del instinto que los poseía, y la vida se deslizaba entre sus dedos sin que fuera vivida. Pero, según él creía, la vida debía ser vivida y no pintada; y deseaba realizar todas las experiencias y extraer de cada minuto la emoción que pudiera ofrecer. Se decidió a dar el paso, dispuesto a aceptar el resultado, y resolvió llevarlo a cabo cuanto antes. Al día siguiente correspondía a Foinet visitar la escuela. Philip pensó preguntarle, ni corto ni perezoso, si creía que valía la pena que continuase estudiando pintura. No había olvidado el consejo brutal dado a Fanny Price. Fue exacto. Philip no conseguía olvidar a Fanny. Sin ella, faltaba algo en el estudio; de vez en cuando el gesto de una estudiante o la entonación de una voz se la recordaban, causándole una extraña desazón. La presencia de Fanny, ahora que estaba muerta, era más real que antes. Soñaba a menudo con ella, despertándose más tarde con un grito de terror... ¡Cuántos sufrimientos había soportado! Philip sabía que cuando Foinet acudía al estudio se iba luego a almorzar a un pequeño restaurante de la rue d'Odessa, y se dio prisa en comer para poder ir a esperar ante el local la salida del maestro. Paseó arriba y abajo por la calle llena de gente hasta que vio a Foinet, que venía hacia él con la cabeza baja. Venciendo su timidez le abordó. —Pardon, monsieur. Quería hablarle un momento. Foinet le dirigió una rápida mirada. Le reconoció, pero no le sonrió al saludarle. —Hable. —Trabajo hace cerca de dos años bajo su dirección. Deseo pedirle que me diga francamente si cree que puede ser provechoso para mí el continuar. Su voz temblaba un poco. Foinet continuaba caminando sin levantar los ojos. Observando su rostro Philip no consiguió discernir ninguna expresión. —No le comprendo. —Soy muy pobre. Si no tengo talento sería mejor que hiciera otra cosa cualquiera. —Pero ¿usted no sabe si tiene talento? —Todos mis condiscípulos están convencidos de que lo tienen; pero yo sé perfectamente que algunos de ellos se engañan. El gesto amargo de la boca de Foinet se distendió en una sonrisa. Luego preguntó: — ¿Vive usted aquí cerca? Philip le dijo dónde estaba su estudio. Foinet dio media vuelta. —Vamos. Me mostrará usted su trabajo. — ¿Ahora? —preguntó Philip. — ¿Por qué no? Philip no tuvo nada que objetar. Continuó andando silenciosamente junto al maestro. Sentíase achicado. Nunca había creído que a Foinet se le ocurriera ver inmediatamente sus obras. Pensaba que le daría tiempo para prepararse o que quizá le pediría que se las llevase a su casa. Temblaba de ansiedad. En el fondo de su corazón dormía la esperanza de que Foinet, tras haber mirado sus cuadros, dibujara una sonrisa —cosa que ocurría muy pocas veces— y le estrechara la mano diciendo: «Pas mal. Prosiga, hijito. Tiene usted talento; sí, verdadero talento». El corazón de Philip latía con ardor bajo este pensamiento. ¡Qué alivio, qué alegría! Continuaría trabajando lleno de valor. ¿Qué importaban las privaciones, la fatiga, las desilusiones, si estaba destinado a llegar a la meta? Había trabajado mucho. Hubiera sido una verdadera crueldad si tanto trabajo resultara inútil. En aquel momento recordó con un estremecimiento que Fanny Price había dicho lo mismo. Llegaron a su casa. Philip estaba angustiado. Sintió deseos de rogar a Foinet que se marchara. No quería conocer la verdad. Cuando entraron en el portal, la conserje le entregó una carta en cuyo sobre reconoció la letra de su tío. Foinet le siguió por la escalera. Ambos guardaban silencio. Philip no hallaba nada a propósito que decir, y aquel silencio le ponía nervioso. El profesor tomó asiento. Sin pronunciar una palabra, Philip le puso ante los ojos el cuadro que el Salón había rechazado. Foinet hizo un gesto sin hablar. A continuación, Philip le mostró los dos retratos de Ruth Chalice, dos o tres paisajes que pintó en Moret y cierto número de bosquejos. — Helo aquí todo —dijo con una risita nerviosa. — ¿Es malo su estado financiero? —preguntó finalmente Foinet. — Malísimo —contestó Philip sintiendo que el corazón se le encogía—. No tengo suficiente para vivir. —No hay nada tan degradante como la preocupación continua por los medios de subsistencia. Siento desprecio por los que desdeñan el dinero. Son hipócritas o estúpidos. El dinero es como un sexto sentido sin el cual no se puede hacer buen uso de los otros cinco. Sin una renta adecuada, la mitad de las posibilidades que uno tiene en la vida son letra muerta. Lo único que hay que tener presente es no gastar más de un franco cuando se ha ganado un franco. Oirá usted decir a alguien que la pobreza es la mejor espuela de un artista. Los que hablan así no han sentido nunca el hierro en la carne; ignoran lo que es y cómo envilece. Expone a infinitas humillaciones, corta las alas, devora a las almas como un cáncer. No es que se necesite la riqueza, pero sí lo que basta para salvaguardar la propia dignidad, para ser generoso, puro e independiente. Compadezco con toda el alma al artista, pintor o escritor que depende eternamente de su propio arte para vivir. Philip guardó tranquilamente las telas. —Si no estoy equivocado, eso quiere decir que no tiene usted mucha fe en mis posibilidades. Foinet se encogió ligeramente de hombros. —Posee usted cierta agilidad. No veo la razón de por qué no puede usted llegar a ser, con mucha perseverancia, un pintor cuidadoso y no despreciable. Hay centenares que pintan como usted y centenares que pintan peor que usted. Pero no he visto ingenio original en nada de lo que usted me ha presentado. He visto sólo inteligencia y trabajo. No será usted más que un pintor mediocre. Philip se esforzó en responder con calma. —Le estoy muy agradecido por el trabajo que se

ha tomado. Nunca podré agradeceréelo bastante. Monsieur Foinet se dispuso a marcharse, pero junto a la puerta colocó una mano sobre el hombro de Philip. —Si quiere usted mi consejo haga usted acopio de valor y tiente la fortuna de otra forma. Le parecerá a usted muy duro, pero deje que le diga esto: daría todo lo que tengo en el mundo porque alguien me hubiera dado, cuando tenía la edad de usted, el consejo que yo le doy ahora. Aunque es probable que no lo hubiera seguido. Philip le miró con sorpresa. El maestro trataba de sonreír, pero sus ojos permanecían graves y tristes. —Es cruel descubrir uno su mediocridad cuando es demasiado tarde. La cosa no pone de buen humor ni mucho menos. Diciendo estas palabras, se echó a reír y salió de la habitación. Philip miró maquinalmente la carta de su tío. La vista de su letra le llenó de ansiedad porque por lo general era su tía quien le escribía. Desde hacía tres meses estaba enferma, y Philip le había ofrecido ir a Inglaterra para verla, pero la buena mujer se había negado para no perjudicar los estudios de su sobrino. Esperaba que éste iría al vicariato a pasar una semana durante el mes de agosto. Si se empeoraba —había añadido la tía— ya le avisarían, pues no quería morir sin volverle a ver. El hecho de que le escribiera su tío quería decir que la enferma estaba demasiado débil para coger la pluma. Abrió la carta y leyó: Querido Philip: Tengo el dolor de comunicarte que tu querida tía ha dejado este mundo en las primeras horas de esta mañana. Ha muerto de repente pero sin sufrir. Se agravó súbitamente y no tuvimos tiempo de llamarte. Se hallaba preparada para el fin y ha entrado en el reposo eterno con una fe completa en una feliz resurrección y completamente resignada a la divina voluntad de Nuestro Señor Jesucristo. Tu tía habría deseado que estuvieras presente en el entierro. Espero, pues, que vendrás lo más pronto posible. Sobre mis hombros ha caído, naturalmente, mucho trabajo y me encuentro terriblemente trastornado. Confío en que querrás hacer lo que puedas para ayudarme. Tu afectísimo tío, WILLIAM CAREY 52. Philip llegó a Blackstable al día siguiente. Después de la muerte de su madre no había perdido a ningún otro pariente próximo; la desaparición de su tía le llenó de aflicción y al mismo tiempo de un extraño terror: por primera vez en su vida experimentaba la sensación de que había de morir. Se preguntaba cuál habría sido la vida de su tío sin la presencia de aquella mujer que durante cuarenta años le rodeó de amor y de cuidados. Se figuraba que iba a encontrarlo traspasado por un dolor sin esperanza. Temía el primer encuentro porque sabía que a él no se le ocurriría ni una palabra de consuelo. Preparó entre sí cierto número de frases adecuadas a las circunstancias. Entró en el vicariato por la puerta lateral y llegó al comedor. El tío estaba leyendo el diario. —El tren ha llegado con retraso —dijo el vicario alzando los ojos. Philip, que iba preparado para una gran emoción, permaneció desconcertado ante aquel recibimiento. Abatido, pero con toda tranquilidad, el tío mostró el periódico a Philip. —El Blackstable Times publica un hermoso artículo hablando de ella. Philip lo leyó maquinalmente. —¿Quieres venir a verla? Philip asintió y ambos salieron juntos. Tía Louisa yacía en un gran lecho, cubierta de flores. —¿Quieres decir una oración? —preguntó el vicario. Se arrodilló, y Philip, para no desairarlo, siguió su ejemplo. Miraba el pequeño rostro arrugado y pensaba en una sola cosa: ¡Una vida desperdiciada! Transcurrido un minuto, mister Carey tosió y se puso en pie. Luego indicó una corona que se veía en el fondo del lecho. —Es del propietario del castillo —dijo en voz tan baja como si estuviera en la iglesia; se comprendía, sin embargo, que, debido a su condición de eclesiástico, la circunstancia resultaba normal para él—. Creo que el té estará ya preparado. Bajaron de nuevo al comedor. Las persianas bajas daban a la habitación un aspecto lúgubre. Sentóse el vicario en la cabecera de la mesa, en el sitio que ocupaba generalmente su mujer, y sirvió ceremoniosamente el té. Philip pensó que ninguno de los dos hubiera debido comer, pero cuando vio que su tío continuaba teniendo el apetito de siempre, dió libre curso al suyo. Al principio no pronunciaron ni una palabra. Philip se sirvió un gran trozo de pastel y se lo comió con una expresión de tristeza que le parecía de acuerdo con las circunstancias. —Las cosas han cambiado mucho desde que yo era cura —dijo el vicario—. Cuando yo era joven se acostumbraba dar a los que acompañaban el entierro un par de guantes negros y un gran trozo de seda negra para el sombrero. De aquella seda la pobre tía Louisa se hacía sus vestidos. Solía decir que doce entierros le proporcionaban un vestido negro. A continuación habló a Philip de todos los que habían enviado coronas. Eran ya veinticuatro las que habían llegado. Cuando murió mistress Rawlinsón, la mujer del vicario de Ferge, reuniéronse treinta y dos; pero probablemente llegarían algunas más al día siguiente. El cortejo saldría a las once del vicariato. Había la probabilidad de superar a mistress Rawlinsón. —Oficiaré yo mismo. Prometí a tía Louisa que no permitiría a ningún otro que dijera el oficio fúnebre por ella. Philip dirigió a su tío una mirada de desaprobación cuando le vio coger otro trozo de pastel. Le parecía una glotonería fuera de lugar en aquellos momentos. —Marian hace pasteles excelentes, no cabe duda. Seguramente ninguna otra sabrá hacerlos como ella. —¿Se marcha? —preguntó Philip. Philip recordaba haber visto siempre en el vicariato a Marian, quien jamás olvidaba su cumpleaños, enviándole una fruslería absurda, pero conmovedora. —Sí, no sería conveniente tener en casa a una muchacha soltera. —¡Dios mío, pero si debe tener más de cuarenta años! —Eso creo. Pero se ha vuelto más bien fastidiosa, quiere hacer de ama, y yo he aprovechado ese pretexto para despedirla. Philip sacó un cigarrillo, pero su tío le detuvo. —Esperarás hasta

después del entierro, Philip —dijo el tío con dulce tono. —Perfectamente. —No sería respetuoso fumar en casa cuando todavía está en ella la pobre tía Louisa. Joshua Graves, administrador de los bienes parroquiales y director del banco, fue a cenar al vicariato después del entierro. Las persianas habían sido abiertas, y Philip experimentó a pesar suyo una extraña impresión de alivio. La presencia del cadáver en la casa producía una sensación de disgusto. La pobre mujer que había sido tan buena y amable para él parecía ejercer, mientras permanecía rígida y fría sobre su lecho, una funesta influencia sobre los supervivientes. Esta idea horrorizaba a Philip. El joven se encontró durante algunos minutos en el comedor solo con el administrador de los bienes parroquiales. —Espero que podrás quedarte algún tiempo con tu tío —le dijo Graves—. Sería conveniente no dejarle solo ahora. —No tengo ningún proyecto —repuso Philip—. Si desea que me quede con él, lo haré muy gustoso. Para distraer al afligido viudo, el administrador habló durante el almuerzo de un incendio reciente que había destruido en parte la capilla wesleyana. —He oído decir que no estaban asegurados —sugirió con una sonrisa. —No importa. Encontrarán todo el dinero que sea necesario para reconstruirla. Esa gente de la capilla está siempre dispuesta a dar dinero. —He visto que Holden ha mandado una corona. Holden era el ministro disidente. Por amor a Cristo, muerto por entrambos, mister Carey le saludaba siempre cuando le encontraba, pero nunca le dirigía la palabra. —Una verdadera birria —observó el vicario—. Hemos recibido cuarenta coronas. La de usted era magnífica. A Philip y a mí nos ha gustado mucho. — ¡Oh, no sé por qué! —protestó el administrador. Había observado con satisfacción que la suya era, con mucho, la más grande de todas. Resaltaba muy bien. Empezaron a hablar del cortejo. Durante el entierro habían estado cerradas las tiendas, y el administrador sacó del bolsillo el aviso que había sido colocado: «A causa de la muerte de mistress Carey, esta tienda estará cerrada hasta la una». —Ha sido idea mía. —Muy amable —dijo el vicario—. La pobre Louisa lo hubiera agradecido mucho. Philip comía en silencio. Marian había considerado el día como si fuera domingo, preparando un pollo asado y un pastel de frambuesa. —Supongo que no habrá pensado usted todavía en la lápida —dijo el administrador. —He pensado en una sencilla cruz de piedra. Louisa era contraria a toda ostentación. — También a mí me parece que una cruz es lo mejor. Y como inscripción me gusta ésta: «Con Cristo; ¿con quién mejor?». El vicario apretó los labios. ¡Bismarck tenía la manía de meterse en todo! Aquel epitafio no le gustaba. No era lo bastante lisonjero para él. —No me gusta mucho. Prefiero «El Señor me la dio y el Señor me la quitó». — ¿De veras? Me parece un poco frío. El vicario respondió con cierta aspereza, y mister Graves replicó en un tono que al viudo le pareció excesivamente autoritario. Era demasiado quererle imponer el epitafio para la tumba de su mujer. Hubo una pausa y luego la conversación siguió sobre asuntos de la parroquia. Philip salió al jardín a fumar. Sentado en un banco, de pronto se echó a reír de un modo histérico. Algunos días después su tío expresó la esperanza de verle pasar una semana en Blackstable. —Con mucho gusto —repuso Philip. —Supongo que te volverás a París en setiembre. Philip no respondió. Había reflexionado mucho sobre lo que Foinet le dijo. Pero estaba todavía tan indeciso que prefería no hablar del porvenir. La renuncia al arte, consecuencia de su convicción de que no le sería posible sobresalir, era ciertamente una cosa bella. Pero, por desgracia, sólo le parecería así a él. A los otros les parecería el reconocimiento de la derrota y él no estaba dispuesto a confesarla. Era obstinado, y la sospecha de no haber encontrado el camino que le convenía le empujaba a forzar las circunstancias y a proseguir en la misma dirección. No podía soportar la idea de que sus amigos se rieran de él. Esto le había impedido en París abandonar definitivamente la pintura, pero aquí el ambiente distinto le permitía ver las cosas de otra manera. Como muchos otros, descubrió que el hecho de atravesar el Canal de la Mancha hace encontrar singularmente insulsas ciertas cosas que antes parecían importantes. Aquella existencia que le fascinaba tanto que no podía apartarse de ella, le parecía ahora absurda en extremo. Experimentaba disgusto al recordar el café, el restaurante donde servían comidas mal condimentadas, toda aquella vida al margen de la verdadera vida. Ya no le importaba nada la opinión de sus amigos. Cronshaw con su retórica, mistress Otter con sus escrúpulos, Ruth Chalice con su afectación, Lawson y Clutton con sus discusiones... Experimentaba una violenta antipatía hacia todos. Escribió a Lawson rogándole que le enviara su ropa. Ésta llegó una semana después, así como todas las demás cosas. Pudo examinar de nuevo sus cuadros sin turbarse lo más mínimo. Su tío tenía muchos deseos de ver sus obras. Después de haber desaprobado con tanto ahínco el deseo de ser pintor que Philip había sentido, ahora aceptaba las cosas lleno de ecuanimidad. La vida de los estudiantes le interesaba, e interrogaba continuamente a Philip acerca de tal cosa. En el fondo estaba un poco orgulloso de tener un sobrino pintor y cuando tenía visitas trataba de hablar de ello. Miró con curiosidad los dibujos que Philip hizo en la escuela. El joven le mostró también el retrato de Miguel Ajuria. — ¿Por qué lo pintaste? — preguntó mister Carey. —Tenía necesidad de un modelo y su cabeza me interesaba —contestó Philip. —Ya que no tienes nada que hacer aquí, ¿por qué no te entretienes pintando mi retrato? —Te cansarías de posar tantas sesiones. —No, creo que me gustará. —Entonces lo intentaremos. La vanidad del tío divertía a Philip. Se moría de ganas de que le retrataran. No quería perder la ocasión de obtener algo gratuitamente. Durante tres o cuatro días, el tío hizo

continuas alusiones; echaba en cara a Philip su indolencia preguntándole cuándo empezaría a trabajar y contando a todos que su sobrino iba a empezar su retrato. Finalmente, el primer día que llovió después de haber hablado de lo del retrato, dijo a Philip en cuanto terminaron el desayuno: — ¿Y si empezáramos el retrato esta mañana? Philip dejó el libro que estaba leyendo y se apoyó en el respaldo de la silla. — He renunciado a la pintura. — ¿Por qué? — preguntó el tío, estupefacto. — No veo la ventaja de llegar a ser un pintor de segundo orden y estoy convencido de que no puedo llegar a ser otra cosa. — Me dejas atónito. Antes de marcharte a París estabas seguro de ser un genio. — Me engañaba. — Pensaba que una vez elegida una profesión tendrías el orgullo de continuar en ella. Me parece que lo que te falta es perseverancia. Philip se sintió contrariado; ni siquiera su tío comprendía el heroísmo de su decisión. — Piedra movediza nunca moho la cobija — dijo el vicario. Philip detestaba aquel proverbio, el cual le parecía completamente vacío de significado. Su tío lo había repetido infinidad de veces durante las discusiones que precedieron al abandono de la oficina de Londres. Evidentemente el tutor recordaba aquella circunstancia. — No eres ya un niño y debes pensar en situarte. Primero quisiste llegar a ser buen oficinista, luego te cansaste y quisiste estudiar pintura. Ahora cambias otra vez de idea. Esto no es otra cosa que... Titubeó un instante para pensar bien los defectos que iba a enumerar. Philip terminó la frase. — Indecisión, incompetencia, falta de previsión y de determinación. El vicario alzó los ojos, para ver si su sobrino se burlaba de él. El rostro del joven permanecía serio, pero en sus ojos había una chispa burlona que irritó al tío. Realmente aquel muchacho empezaba a exagerar. Merecía una lección. — Tus asuntos financieros no me atañen. Eres dueño de ti mismo. Pero harás bien en recordar que tu dinero no durará eternamente y que con un pie deforme no te será fácil ganarte la vida. Philip había notado desde hacía tiempo que cuando alguien se enfadaba con él de lo primero que le hablaba era de su pie deforme. Casi ninguno resistía la tentación. Pero se había acostumbrado a no dejar traslucir que la alusión le ofendía; incluso acertaba a dominar el rubor que fue uno de los tormentos de su adolescencia. — Como has dicho muy acertadamente, mis asuntos no te atañen en lo más mínimo y soy libre. — De todos modos me harás la justicia de reconocer que yo tenía razón cuando me oponía a tu manía artística. — No sé qué decirte. Creo que se saca más provecho de los errores cometidos espontáneamente que de las cosas razonables hechas por consejo de los demás. He adquirido experiencia, he recibido mi lección y ahora estoy dispuesto a ponerme a trabajar. — ¿En qué? Philip no estaba preparado para esta pregunta, ya que había pensado en una docena de profesiones sin tomar ninguna decisión. — Lo mejor para ti será seguir la profesión de tu padre y hacerte médico. — ¡Es extraño! Pienso lo mismo. Entre las demás profesiones destacaba la medicina porque se trataba de una ocupación que parecía dejar cierta libertad personal, ya que la experiencia adquirida de lo que era una oficina le vedaba intentar una segunda experiencia por el estilo. La respuesta que dio al vicario se le había ocurrido casi involuntariamente, deseoso de pronunciar la última palabra. Pero la idea de tomar una decisión accidental le divertía y resolvió de golpe y porrazo ingresar durante el próximo año en el hospital que su padre dirigió. — Entonces tus dos años en París deben ser considerados como un tiempo perdido, ¿no es así? — ¡Quién sabe! He pasado dos años muy agradables y he aprendido un par de cosas útiles. — ¿Qué cosas? Philip reflexionó un instante. Sentía un leve deseo de irritar a su tío. — He aprendido a mirarme las manos, cosa que no había hecho nunca. Además, en lugar de mirar las casas y los árboles simplemente, he aprendido que las sombras no son negras, sino coloradas. — Sin duda te crees muy astuto. Pero tu volubilidad me parece absolutamente estúpida. 53. Mister Carey se retiró a su despacho llevándose el periódico. Philip fue a sentarse en el sillón del tío, el único cómodo de la casa, y miró a través de la ventana la lluvia que caía. A pesar del mal tiempo, el campo que se extendía hasta perderse de vista ofrecía un aspecto que invitaba al sosiego. En aquel paisaje había un encanto que Philip no recordaba haber sentido nunca antes. Los dos años pasados en Francia sirvieron para abrirle los ojos y poder apreciar la belleza de su país. Sonriendo pensó en las observaciones que su tío le había formulado. ¡Qué suerte era poseer un carácter voluble! Se empezaba a dar cuenta de la pérdida que significó para él la muerte de su padre y de su madre. Tal cosa era algo que impedía ver la vida como la veían los demás. El amor de los padres para con sus hijos es el único completamente desinteresado. Él había crecido lo mejor que pudo entre extraños, encontrando en muy pocas ocasiones paciencia y tolerancia. El joven estaba orgulloso del dominio que adquirió sobre sí mismo: lo había conquistado bajo las burlas de sus compañeros. Ahora le hubieran llamado cínico e insensible. Había llegado a mostrar un continente tranquilo y a menudo impasible, de suerte que ahora no había peligro de que revelara sus sentimientos a nadie. Le decían que no tenía corazón, pero él sabía muy bien que era juguete de sus escondidas emociones. Un gesto de bondad le conmovía tanto que a veces no osaba hablar por temor a que la voz le traicionase. Recordaba la amargura de su vida en el colegio, las humillaciones que hubo de soportar, las burlas de que había sido objeto, el temor morboso que el ridículo le inspiraba; recordaba el aislamiento que experimentó cuando, encontrándose frente al mundo, las desilusiones le hicieron medir la distancia que existe entre lo que su imaginación le prometía y lo que hallaba en la realidad. — ¡Caramba, si no fuera voluble me suicidaría! — se

dijo alegremente. Reflexionó sobre la respuesta que había dado a su tío a propósito de lo que aprendió en París. Desde luego, aprendió mucho más de lo que dijo. Una conversación sostenida con Cronshaw le había quedado impresa, y una frase, bastante vulgar, hizo trabajar su mente. —Querido amigo —había dicho Cronshaw—, la moral abstracta no existe. Cuando dejó de creer, Philip se sintió aliviado de un gran peso; al deshacerse de la responsabilidad que gravaba todas sus acciones, al pensar que cada una de éstas pesaba sobre la futura felicidad de su alma inmortal, experimentó una fuerte sensación de libertad. Pero ahora sabía que la libertad es una ilusión. Abandonó la religión en la que había sido educado pero conservó intacta la moral que es parte integrante de ella. Por lo tanto decidió no dejarse influir más. Vicio y virtud, leyes establecidas del bien y del mal, fueron apartadas por el joven, pensando encontrar en sí mismo la adecuada ley de vida. Por otra parte; no sabía si las leyes eran necesarias. Precisamente ésta era una de las cosas que deseaba descubrir. Muchos principios le parecían intangibles gracias a que se los habían inculcado desde la niñez. Leyó muchos libros, pero tal cosa no le servía de nada, pues muchos libros fueron hechos según la moral cristiana, y aunque algunos escritores sostuvieran que no creían, la verdad era que no se quedaban satisfechos hasta que no construían un sistema de ética completamente de acuerdo con la del Sermón de la Montaña. No valía la pena de leerse un grueso volumen para llegar a la conclusión de que es necesario proceder como todos los demás. Philip deseaba descubrir él solo una manera de actuar, sintiéndose capaz de huir de la influencia del ambiente. Pero al mismo tiempo había de seguir viviendo y mientras encontraba nuevas leyes que rigieran su conducta, era necesario imponerse una regla provisional. —Sigue tus inclinaciones, pero poniendo atención en el policía que hay en la calle. Estaba convencido de que lo mejor que había conquistado en París era su libertad de espíritu. Leyó de vez en cuando algunos libros de filosofía y estaba encantado con la posibilidad de poder entregarse a la lectura durante unos meses. Empezó a leer al azar. Se enfrentaba con cada sistema presa de una ligera excitación, esperando encontrar una guía que le permitiera regular su conducta. Sentíase algo así como un viajero en país extraño, y, mientras avanzaba por el desconocido terreno, sentía que la empresa le fascinaba. Leía con la misma emoción que otros cuando leen novelas, y notaba que el corazón le latía apresuradamente al reconocer, expresadas en nobles frases, sus más oscuras aspiraciones. Poseía un espíritu positivo y se movía con dificultad por las regiones de lo abstracto, pero aun cuando no pudiera comprender el razonamiento, experimentaba un singular placer siguiendo en lo posible los laberínticos pensamientos entrelazados sobre el límite de lo incomprensible. En algunos grandes filósofos no hallaba nada parejo a él, pero en otros reconocía un espíritu familiar. Era como un explorador que, en el África Central, llegara inopinadamente a una vasta altiplanicie llena de árboles y de prados y le produjera la ilusión de un parque inglés. Deleitábase con el robusto buen sentido de Thomas Hobbes; Spinoza le llenaba de respeto, pensando que jamás se había hallado en contacto con un espíritu más noble, inaccesible y austero; precisamente Spinoza le recordaba una estatua de Rodin, L'Age d'Airain, que admiraba con pasión. Después estaba Hume; el escepticismo de este delicioso filósofo hacía vibrar en Philip la cuerda de la simpatía, y, gozando el estilo lúcido que parecía exponer los pensamientos más complicados por medio de palabras sencillas y musicales, una sonrisa de placer erraba por sus labios. Pero en ninguno encontraba lo que quería. Le parecía que existían tres cosas que debían ser definidas: la relación del individuo con el lugar en que vive; la relación con los hombres en cuyo medio vive, y, finalmente, la relación consigo mismo. Estableció cuidadosamente un programa de estudios. La ventaja de vivir en el extranjero en contacto con las maneras y costumbres de los demás pueblos permite observar desde fuera las propias costumbres y ver que no son tan esenciales como las creen los habitantes del país. Lo que a uno le parece evidente, para el extranjero es absurdo. El año pasado en Alemania y la larga estancia en París habían preparado a Philip para realizar los estudios que ahora llevaba a cabo. Nada era bueno y nada era malo. Sencillamente, las cosas se adaptaban a un fin. El origen de las especies le dio una explicación de muchas preguntas que le turbaban. Nacido una generación después de la publicación de este gran libro, Philip pudo aceptar frívolamente muchas de las cosas que habían horrorizado a los contemporáneos del autor. La regla moral que sugería concordaba con sus aspiraciones. Por una parte, la sociedad, con sus leyes de crecimiento y conservación; por la otra, el individuo. La sociedad declara virtuosas las acciones que sirven para su conservación y pecaminosas las que no sirven para ello. El bien y el mal no son otra cosa que esto, y el pecado es un prejuicio del que el hombre libre debe desembarazarse. En su lucha contra el individuo, la sociedad dispone de tres armas: la ley, la opinión pública y la conciencia. Las dos primeras pueden combatirse con un poco de habilidad, pero la conciencia es el traidor que existe en cada corazón por cuenta de la sociedad, empujando al individuo a sacrificarse por la prosperidad del propio enemigo. El Estado y el individuo consciente son evidentemente irreconciliables. El uno se sirve del individuo para cumplir sus propios fines; el otro, seguro sólo de su propia fuerza, intenta servirse del Estado pagando en dinero o en servicios ciertas ventajas, pero sin sentir el más ligero asomo de gratitud. El hombre libre no puede hacer nada malo. Su fuerza constituye la única medida de su moral. Reconoce las leyes del Estado y puede infringirlas sin sentirse culpable, y en caso de castigo lo

acepta sin rencor: la sociedad posee la fuerza. Pero si para el individuo no existen ni el bien ni el mal, la conciencia no sirve para nada. Dando un grito de triunfo Philip la arrojó de su alma, pero no por ello había dado un paso más hacia la comprensión de la vida. ¿Para qué había sido hecho el mundo y con él los hombres? Esto continuaba siendo inexplicable. Recordó la parábola de Cronshaw sobre el tapiz persa. El poeta la proponía como una solución al enigma y declaraba misteriosamente que no había una respuesta si uno no la descubría por sí mismo. — ¿Qué diablos había querido decir? — se preguntaba Philip sonriendo. Y así, el último día de setiembre, deseoso de poner en práctica todas aquellas nuevas teorías, Philip, llevando consigo mil seiscientas libras y su pie deforme, partió para Londres a fin de iniciar por tercera vez una nueva vida. 54. El examen realizado por Philip para entrar como meritario en la oficina era suficiente ahora para ingresar en una Facultad de medicina. El joven eligió la de San Lucas, donde había estudiado también su padre, y antes de que terminase el verano había ido a Londres para hablar con el secretario. Éste le dio una lista de habitaciones amuebladas, y Philip eligió una en una casa tétrica, pero que tenía la ventaja de estar a dos pasos del hospital. — Procúrese como sea algún miembro humano para sus estudios de anatomía práctica — le aconsejó el secretario—. La costumbre es empezar por una pierna; parece más fácil. El primer curso, el de anatomía, empezaba a las once, y hacia las diez y media Philip atravesó la calle cojeando y entró en el hospital. Sentíase un poco nervioso. Cerca de la puerta había colocados una gran cantidad de anuncios: conferencias, partidos de fútbol y otras cosas por el estilo, que Philip miró con indiferencia. Jóvenes de ambos sexos entraban charlando, miraban en las casillas del correo y a continuación descendían al sótano donde se encontraba la sala de lectura. Philip vio algunos jóvenes que miraban tímidamente a su alrededor, comprendiendo que, como él, se encontraban allí por vez primera. Después de haber leído todos los anuncios, vio una puerta, observando que conducía a una especie de museo. Como faltaban todavía veinte minutos para la hora de clase, entró. Era una colección de modelos patológicos. Un muchacho de dieciocho años se le acercó preguntándole: — ¿Es usted del primer año? — Sí — repuso Philip. — ¿Sabe usted dónde está el aula? Están a punto de dar las once. — Vamos a buscarla. Recorrieron un largo corredor oscuro con las paredes pintadas en dos tonalidades de rojo. Algunos jóvenes les indicaron el camino. Llegaron a una puerta en la que se leía: «Anfiteatro anatómico». Había ya mucha gente. Un subalterno entró, dejó sobre la mesa central un vaso de agua y a continuación un hueso pelviano y dos tibias, la izquierda y la derecha. Entraron más estudiantes y tomaron asiento. Una gran mayoría eran más jóvenes que Philip, muchachos de dieciocho o diecinueve años, de piel aterciopelada. Pero había también algunos de más edad. Observó la presencia de un individuo de unos treinta años, alto, de barba roja, y la de otro de pequeña estatura, moreno, que podría tener dos años menos que el anterior, y, por último descubrió a un tipo con anteojos y barba gris. Entró el profesor Cameron, un hombre guapo, con los cabellos blancos y las facciones regulares. Pasó lista, y a continuación pronunció un pequeño discurso. Poseía una voz agradable y parecía elegir con el mayor cuidado las palabras de que se servía. Sugirió un par de libros para que los alumnos los adquiriesen y les aconsejó que se proveyeran de un esqueleto: era esencial para el estudio de la cirugía, un conocimiento que ayudaba a apreciar el arte. Philip aplicó el oído. Más tarde supo que el profesor Cameron daba conferencias también a los estudiantes de la Royal Academy. Había vivido algunos años en el Japón enseñando en la Universidad de Tokio y se enorgullecía de saber apreciar la belleza. — Tienen ustedes que aprender muchas cosas aburridas — terminó diciendo con una sonrisa de indulgencia —, que olvidarán inmediatamente después del examen final. Pero en anatomía es mejor haber aprendido y olvidar que no haber aprendido nada. Cogió uno de los huesos que había encima de la mesa y empezó a describirlo. Hablaba con claridad y elegancia. Cuando acabó la lección, el muchacho que había dirigido la palabra a Philip en el museo anatómico, y luego se había sentado a su lado, le propuso que fueran a la sala de anatomía. Recorrieron nuevamente el corredor y un ordenanza les indicó la dirección. Apenas entraron, Philip comprendió de qué provenía el olor que había percibido en el corredor. Encendió la pipa. El ordenanza dejó escapar una breve sonrisa. — Se habituará usted en seguida al olor. Yo no lo noto ya. Preguntó a Philip su nombre y consultó una lista colocada en la tablilla. — Tiene usted una pierna. Número cuatro. Philip vio otro número junto al suyo. — ¿Qué significa? — preguntó. — Hay pocos cadáveres de momento. Hemos tenido que señalar dos estudiantes para cada miembro. La sala anatómica era una amplia estancia; la parte superior estaba pintada de color salmón y la inferior de color ladrillo oscuro. A intervalos regulares, a lo largo de la pared de la estancia, formando ángulo recto con ella, había mesas de metal acanalado. En cada una yacía un cuerpo. La mayoría eran hombres: la piel, oscurecida por el desinfectante en el que habían sido conservados, producía la impresión de ser cuero. Todos estaban extraordinariamente delgados. Philip fue conducido por el ordenanza hasta una de las mesas donde un joven le estaba aguardando. — ¿Se llama usted Carey? — le preguntó éste. — Sí. — Bien, tenemos esta pierna en la que debemos trabajar juntos. Menos mal que es de un hombre, ¿no es verdad? — ¿Por qué? — Por lo general — dijo el ordenanza — se prefiere a los hombres. Las mujeres tienen casi siempre demasiada grasa. Philip miró el cuerpo. Los brazos y las piernas estaban

tan descarnados que no tenían forma y las costillas se acusaban estirando la piel. Pertenecía a un hombre de unos cuarenta y cinco años, de barba rala de color gris y escasos e incoloros cabellos en el cráneo. Sus ojos estaban cerrados y la mandíbula pendía relajada. Era imposible imaginar que aquello pudiera haber sido un ser humano. En toda la fila de cadáveres había algo de terrible, de espectral... — ¿Le parece que empecemos a las dos? — dijo el compañero de Philip. — Muy bien; seré puntual — repuso el joven. El día anterior había comprado el estuche con los instrumentos quirúrgicos y ahora le asignaron un pequeño armario que se cerraba con llave. Dirigió una mirada al joven que le había acompañado a la sala anatómica y vio que estaba palidísimo. — ¿No se siente usted bien? — le preguntó Philip. — No había visto nunca un muerto. Avanzaron por el corredor hasta llegar a la puerta de salida. Philip pensó en Fanny Price, la primera persona muerta que había visto en su vida, y recordó la impresión recibida. Había una enorme diferencia entre el vivo y el muerto. Parecía imposible que hubieran pertenecido a la misma especie. Resultaba extraño pensar que poco antes todos aquellos seres hablaban, se movían, comían y reían. Había algo horrible en los cadáveres. Se hubiera creído que ejercían una nefasta influencia sobre los vivos. — ¿Y si fuéramos a comer alguna cosa? — propuso Philip. Bajaron de nuevo al sótano, donde una habitación poco iluminada estaba habilitada como un restaurante. Los estudiantes encontraban allí las mismas comidas que en cualquier restaurante barato. Mientras comían — Philip tomó una taza de chocolate y un brioche — supo Philip que su compañero se llamaba Dunsford. Era un muchacho de rostro infantil, bellos ojos azules y cabellos oscuros y ondulados, ancho de espaldas y lento de palabras y de movimientos. Acababa de llegar de Klipton. — ¿Tienes intención de dedicarte a la medicina? — Sí, y espero acabar la carrera lo más pronto posible. — También yo, pero pienso dedicarme a la cirugía. La mayor parte de los estudiantes se limitaban a acabar la carrera de medicina o de cirugía, pero los más estudiosos juntaban a ésta los estudios suplementarios que merecían un diploma especial de la Universidad de Londres. Cuando Philip ingresó en la Escuela de San Lucas hacía poco que el reglamento había sido modificado y la carrera duraba cinco años en lugar de cuatro, como sucedía antes del 1892. Dunsford estaba al corriente de todo y explicó a Philip cómo se hallaban las cosas. El primer examen consistía en biología, anatomía y química, pero se podía sufrir en diversos períodos. La mayor parte de los estudiantes sufrían el examen de biología tres meses después de la inscripción. Era una materia que habían añadido a las otras recientemente, pero los conocimientos que se requerían eran muy limitados. Philip llegó a la sala anatómica con un pequeño retraso a causa de que se había olvidado antes de comprar las medias mangas que todos llevaban para protegerse las de la camisa. Algunos estudiantes estaban ya atareados. El compañero de Philip había empezado a la hora en punto y se hallaba seccionando los nervios cutáneos. Otros dos estudiantes trabajaban en la otra pierna y otros en los brazos. — ¿Te disgusta que haya empezado sin esperarte? — De ninguna manera — contestó Philip. Abrió el libro por una página que representaba un diagrama de la parte que iba a seccionar y observó lo que era necesario buscar. — Eres bastante hábil — indicó a su compañero. — He hecho ya disecciones a animales en un curso preparatorio. Los estudiantes, mientras trabajaban, no paraban de hablar, unas veces acerca de lo que estaban haciendo y otras de los próximos partidos de fútbol, de los profesores y de las lecciones. Philip tenía más años que los otros, que eran todos casi unos colegiales. Pero la cultura no tiene a veces nada que ver con los años, y Newson, el activo joven que trabajaba con él, sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Contento de poder mostrar su competencia, dio muchas explicaciones a Philip, y Philip, no obstante su secreta reserva de sabiduría, escuchó complacido. A continuación cogió el escalpelo y las pinzas y empezó a trabajar mientras el otro le miraba. — Es extraordinario lo delgado que está — dijo Newson. — No habría comido desde hacía un mes. — ¿Quién sabe de lo que ha muerto! — dijo Philip. — ¿Quién sabe! Quizás una antigua enfermedad... Aunque lo más seguro es que se haya muerto de hambre... Ten cuidado, no cortes la arteria. — Es fácil decir «no cortes la arteria» — observó uno de los estudiantes que trabajaba en la otra pierna. — Este viejo idiota tiene una arteria fuera de sitio. — Las arterias están siempre fuera de sitio — replicó Newson. — La normal es la que no se encuentra nunca. Por eso la llamamos normal. — No continúes, de lo contrario me cortaré. — Si te cortas — se apresuró a explicar Newson — lávate en seguida con un desinfectante. Es una cosa a la cual debe prestarse mucha atención. El año pasado hubo uno que no hizo caso de un simple rasguño y le vino una septicemia. — ¿Curó? — No; murió al cabo de una semana. Entérate en la sala de autopsias. A la hora del té, Philip tenía la espalda dolorida, y después del ligero almuerzo que había hecho sentía la necesidad de reponer sus fuerzas. Sus manos conservaban aquel olor especial que había percibido por la mañana en el corredor. Le pareció encontrarlo también en las tostadas. — ¡Oh, ya te acostumbrarás! — dijo Newson. — Cuando uno se acostumbra, si no se huele el bueno y viejo olor de la sala de anatomía, se siente como extraviado. — Esto no me quitará el apetito — dijo Philip haciéndose servir tras de las tostadas un buen trozo de pastel. 55. La idea que Philip tenía sobre la vida de los estudiantes de medicina, al igual que la mayoría de la gente, estaba basada en las descripciones hechas por Carlos Dickens hacia la mitad del siglo XIX. Pero muy pronto se dio cuenta el joven de que Bob Sawyer, si es que había

existido alguna vez, no se parecía en nada a los estudiantes reales de ahora. En la profesión de medicina entran muchas personas y, naturalmente, algunas son perezosas y descuidadas. Creen que la vida les va a ser fácil y pasan un par de años, al cabo de los cuales se quedan sin dinero; debido a esto, o porque los padres se niegan irritados a seguirlos manteniendo, los estudiantes abandonan el hospital. Otros encuentran los exámenes demasiado difíciles: un suspenso después de otro los pone nerviosos y, víctimas del pánico, olvidan ante los jueces cuanto sabían. Se arrastraban por la escuela varios años, siendo objeto de alegre diversión para los más jóvenes. Algunos conseguían aprobar con grandes fatigas el examen de farmacia o llegaban a ser practicantes, posición precaria, en la cual estaban a merced del titular. Se debatían entre la pobreza y la embriaguez, y sólo Dios sabía cómo terminaban. Pero generalmente los estudiantes de medicina eran jóvenes burgueses estudiosos, a los cuales una discreta asignación les permitía vivir decentemente, de acuerdo con sus costumbres. Muchos de ellos, hijos de médicos, poseían cierta aptitud para la profesión. Su carrera estaba trazada por anticipado. En cuanto adquirían el título, hacían porque los nombrasen ayudantes de hospital y después de un tiempo de práctica, y tal vez un viaje a Extremo Oriente como médico de a bordo, se asociaban con su padre y pasaban el resto de su vida dedicados a atender a una clientela formada por campesinos. Algunos, poquísimos, estaban destinados a realizar una carrera excepcionalmente brillante; ganarían premios y la beca ofrecida cada año al más estudioso. Ingresarían como médicos del hospital, llegarían a ser directores, tendrían un gabinete de consulta en Harley Street, y, especializándose en una rama u otra de la medicina, llegarían a ser ricos y eminentes. La profesión de médico es la única que puede emprenderse a cualquier edad con la posibilidad de ganar para vivir. Entre los condiscípulos de Philip había tres o cuatro que no eran muy jóvenes. Uno había pertenecido a la Marina y se decía que le habían echado por embriaguez. De unos treinta años, tenía un rostro encarnado y era brusco de modales y de voz estentórea. Otro, casado y con dos hijos, había perdido su dinero a causa de un administrador un tanto indelicado. Era de aspecto deprimido, como si todo le pesara, y trabajaba silenciosamente dando a entender que encontraba difícil a su edad ejercitar la memoria. Era lento en comprender, y su esfuerzo y su aplicación producían pena. Philip se instaló metódicamente en su pequeño alojamiento. Puso en orden sus libros y adornó las paredes con sus escasos cuadros. En el piso principal, encima del suyo, vivía un estudiante de quinto curso, un tal Griffiths, pero Philip se veía muy poco con él, bien fuera porque estaba muy ocupado en las carreras, bien porque provenía de Oxford. Los estudiantes que habían estado en colegios universitarios formaban grupo aparte, como si quisieran hacer sentir a los menos afortunados su superioridad. Griffiths era un joven alto, provisto de una gran cabellera leonada y ondulada, ojos azules, piel blanca y boca de labios muy rojos. Era uno de esos tipos que tienen la fortuna de gustar a todos por su vivacidad y por su constante alegría. Aporreaba el piano y cantaba con bastante gracia las cancioncillas cómicas. Por la noche, mientras leía en su habitación solitaria, Philip oía arriba la charla y las carcajadas de los amigos de Griffiths. Philip se acordaba de las bellas veladas de París, cuando sentado en el estudio en compañía de Lawson, Flanagan y Clutton, discutían de arte y de moral, de los amores presentes y de la celebridad futura; y en tales momentos notaba que se le encogía el corazón. Era fácil tener un gesto heroico, pero era difícil soportar las consecuencias. Lo peor de todo era que su trabajo le parecía aburrido. Había perdido la costumbre de ser interrogado por el profesor. Durante las lecciones, su espíritu bogaba por otras esferas. La anatomía era una ciencia árida de la que podía aprenderse de memoria una cantidad enorme de datos. Seccionar le aburría, ya que no acertaba a ver la necesidad de atomizar nervios y arterias cuando con menos fatiga podían verse en el diagrama de un libro o en el museo de anatomía. Había contraído amistades superficiales, pero no tenía amigos íntimos porque le parecía que no tenía nada especial que decirles a sus compañeros. Cuando intentaba interesarse por ellos, se daba cuenta de que los otros le encontraban un aire protector. No era de los que abruman con sus confidencias sin tener en cuenta si aburren a los que escuchan. Un compañero se enteró de que había estudiado pintura en París y quiso discutir de arte con él. Pero Philip, al ver que sus ideas eran convencionales, se aburrió de la charla y respondió con monosílabos. Deseoso de ser bien visto, el neoestudiante no acertaba, sin embargo, a ser el primero en iniciar la aproximación. El temor de ser rechazado le impedía mostrarse afable y escondía su timidez, siempre indecisa, bajo una fría taciturnidad. Era la misma experiencia que había pasado en el colegio, pero en la actualidad, la libertad de la vida estudiantil le permitía vivir solo. No le costó ningún esfuerzo llegar a ser amigo de Dunsford, el muchachote de rostro rojo que había conocido al principio del curso. Dunsford, a su vez, se pegó a Philip porque era la primera persona con la que tropezó en San Lucas. Como no tenían amigos en Londres habían tomado la costumbre de ir juntos cada sábado a la platea de un café cantante, o bien al paraíso de un teatro. Dunsford era más bien estúpido, pero tenía buen carácter y no se ofendía nunca. No decía jamás nada imprevisto, y cuando Philip se reía de él se limitaba a sonreír. Era su sonrisa muy dulce. Aunque se divertiera burlándose de él, Philip le quería de veras. Su candor y su carácter le divertían. A menudo iban a tomar el té en un local de Parliament Street, pues Dunsford admiraba a una de las camareras. A Philip le parecía muy

poco atrayente: era alta y delgada, con caderas estrechas y un pecho de niña. —Ninguno la miraría en París —decía Philip con desdén. —Tiene una cara extraordinaria. — ¿Qué importancia tiene el rostro? La joven tenía las facciones pequeñas y regulares, los ojos azules y aquella frente baja y ancha que los pintores de la época victoriana, lord Leighton, Alma Tadema, y algunos centenares más habían hecho aceptar al público de la época como el tipo de la belleza griega. Poseía una enorme mata de pelo, que se peinaba de un modo rebuscado. Sobre la frente lucía una cinta a lo Alejandro. Estaba muy anémica; tenía los labios pálidos, la delicada piel de un tinte verdoso, sin sombra de rosa ni siquiera en las mejillas; los dientes blanquísimos. Hacía todo lo posible para no estropear sus manos pequeñas y blancas y cumplía su deber con sequedad. Dunsford, muy tímido con las mujeres, nunca se había atrevido a entablar conversación con ella e insistía para que Philip le ayudara. —Dame un empujón —decía— y ya me las arreglaré yo después. Para complacerle, Philip hizo una o dos observaciones, pero la joven contestó con monosílabos. Los había juzgado. Eran muy jóvenes, seguramente estudiantes. Dunsford observó que un individuo de cabellos rojizos y bigote áspero —seguramente un alemán— absorbía la atención de la muchacha. Sólo llamándola dos o tres veces se lograba que acudiera a recibir el encargo. Con los clientes que no conocía era de una frialdad insolente. Cuando hablaba con un amigo se mostraba completamente indiferente a las llamadas de los que tenían prisa. Sabía tratar a los clientes con un grado lo bastante impertinente para irritarlos, pero sin dar pretexto para que se quejasen a la dirección. Un día, Dunsford dijo a Philip que la chica se llamaba Mildred. Había oído que una de sus compañeras la llamaba así. — ¡Qué nombre más feo! —dijo Philip. — ¿Por qué? A mí me gusta. —Me parece demasiado presuntuoso. Aquel día, por casualidad, el alemán no estaba, y cuando la joven llevó el té, Philip observó: —Hoy no ha venido su amigo. — ¡No sé lo que quiere decir! —fue la glacial respuesta. —Aludo al noble caballero de los bigotes rojos. Seguramente la ha plantado por otra, ¿no? —Algunas personas harían bien no ocupándose más que en sus cosas. Los dejó, y como durante algunos minutos no tuvo a nadie a quien servir, se sentó y empezó a leer un periódico que un cliente había dejado. —Has sido un tonto ofendiéndola —dijo Dunsford. —Me importa un bledo la apariencia de gran señora de esa estúpida —repuso Philip. Pero se sentía molesto. Le irritaba el hecho de que siempre, cuando intentaba ser galante con una mujer, ésta se ofendiese. Cuando la muchacha fue a cobrar, intentó reanudar la conversación: — ¿No quiere usted decirnos nada más? —dijo sonriendo. —Yo estoy aquí para recibir órdenes y servir a los clientes. No tengo nada que decirle a usted y deseo que usted no me diga nada a mí. Dejó la cuenta sobre la mesa y se alejó. Philip enrojeció de cólera. —Te ha cantado las cuarenta, ¿eh? —dijo Dunsford cuando salieron. — ¡Estúpida y mal educada! No volveremos más. La influencia de Philip sobre Dunsford era lo bastante grande para inducirlo a que tomase el té en otro sitio, y pronto Dunsford encontró otra muchacha a quien hacer la corte. Pero la impertinencia de la camarera continuaba agradándole por dentro a Philip. Si le hubiese sido indiferente le habría tratado con educación, pero era obvio que le era antipático, y Philip se sentía herido en su orgullo. Deseaba tomarse el desquite. Al mismo tiempo se irritaba consigo mismo por albergar aquel sentimiento mezquino. Mas tres o cuatro días de firmeza, durante los cuales no se acercó a aquel local, no le bastaron para superarlo, llegando a la conclusión de que hubiese sido mejor verla. De este modo no habría pensado más en ella. Una tarde, con el pretexto de una cita, pues se avergonzaba de su propia debilidad, dejó a Dunsford y se dirigió al local donde había jurado no entrar más. En cuanto puso el pie en el interior de la tienda vio a la muchacha y se sentó a una de sus mesas. Esperaba que ella aludiese a su ausencia de una semana. Cuando se acercó para atenderle, la muchacha no le dijo nada. Sin embargo, Philip le había oído decir otras veces a los clientes: —Se vende usted muy caro. Ni siquiera hizo un gesto que indicara que le reconocía. Para saber si le había olvidado por completo le preguntó cuando le trajo el té: — ¿Ha visto usted a mi amigo hoy? —No, hace algunos días que no viene. Philip hubiera querido proseguir la conversación, pero le dominaba un extraño nerviosismo y no supo qué decir. La camarera se alejó en el acto y ya no tuvo ocasión de decirle nada hasta el momento de pagar. —Qué tiempo tan terrible, ¿verdad? —dijo entonces. Era mortificante tener que recurrir a una frase semejante. No comprendía por qué se mostraba embarazado de aquel modo ante aquella mujer. —Para mí es lo mismo. ¡He de estar encerrada aquí todo el día! La insolencia del tono irritó a Philip. Sintió deseos de decirle alguna frase sarcástica, pero se contuvo. «Si al menos me hubiera dicho alguna cosa verdaderamente impertinente —se dijo para sí irritado— habría podido ir a quejarme y hacer que la echaran. Lo tendría merecido». 56. No podía apartarla de su pensamiento. Se reía con rabia de su propia locura. Era absurdo preocuparse de lo que le había dicho una camarera anémica, pero se sentía humillado. Nadie conocía su humillación excepto Dunsford, que seguramente la había olvidado. Sin embargo, Philip comprendía que no viviría en paz consigo mismo hasta que no la hubiese cancelado. Reflexionaba sobre lo que tenía que hacer. Decidió ir a tomar el té cada día. Era evidente que había producido en ella una impresión desagradable, mas pensaba que lograría hacérsela olvidar no diciendo nunca nada que pudiera ofenderla. Pero todo aquello no produjo ningún efecto. Cuando entraba decía buenas tardes y ella respondía con las mismas palabras. Pero una vez

que él se calló, para ver si ella le saludaba primero, la muchacha no dijo nada. Masculló entre dientes una expresión poco parlamentaria y le pidió el té con rostro impasible. Decidió no decir una palabra y salir del local sin saludarla, resuelto a no volver más. Pero al día siguiente, a la hora del té, empezó a sentirse inquieto. Intentó pensar en otra cosa, mas no acertaba a dominar sus pensamientos. Finalmente, desesperado, se dijo: —Después de todo no hay razón para que no vaya si quiero ir. Había luchado largo tiempo consigo mismo, y de ahí que cuando entró en el local fueran casi las siete. —Creía que no vendría usted hoy —dijo la muchacha mientras él se sentaba. El corazón del joven latió con fuerza mientras se daba cuenta de que enrojecía. —He tenido que hacer y no he podido venir antes. —Ocupado en cortar en pedacitos a alguien, ¿verdad? —No, no ha sido nada tan terrible. —Es usted estudiante, ¿no es así? —Sí. Aquello pareció bastar a la curiosidad de la muchacha, que se alejó, y, como a aquella hora no había nadie en sus mesas, se abismó en la lectura de una novelita. Esto ocurría antes de la época de la edición de libros buenos a poco precio, y había una gran cantidad de literatura de tercer orden, escrita por pobres diablos, para uso y consumo de los iletrados. Philip era feliz. La muchacha le había dirigido la primera palabra y muy pronto llegaría el momento de poderle decir lo que pensaba de ella. Le hubiera proporcionado una gran alegría poderle expresar la inmensidad de su desprecio. La miró. El perfil era verdaderamente bello. Resultaba extraño el hecho de que las muchachas inglesas de aquella clase poseyeran a veces una perfección de facciones que quitaba la respiración. No obstante, aquélla era fría como el mármol, y el tinte verdoso de su piel producía una impresión de poca salud. Todas las camareras vestían de la misma manera: un sencillo vestido negro con delantal, cofia y puños blancos. Sobre un folleto que llevaba en el bolsillo Philip esbozó el perfil de la muchacha encorvado sobre el libro —ella pronunciaba en voz baja las palabras mientras leía— y lo dejó sobre la mesa cuando se marchó. Fue una buena idea, porque al día siguiente, cuando le vio llegar, ella le sonrió. —No me imaginaba que supiera usted dibujar. —He estudiado pintura en París durante dos años. —Enseñé su dibujo ayer por la noche a la directora y le ha gustado mucho. Era mi retrato, ¿verdad? —Sí. Mientras la muchacha se marchaba en busca del té, una de sus compañeras se acercó a Philip. —He visto el retrato que ha hecho usted a miss Rogers. El parecido estaba conseguido del todo. Era la primera vez que oía el apellido de la muchacha, y se sirvió de él para llamarla cuando fue a pagar. —¿Cómo sabe usted mi nombre? —preguntó la muchacha acercándose. —Lo ha dicho su amiga de usted a propósito de aquel dibujo. —Ella quisiera que también hiciese su retrato, pero no se lo haga. Si empieza, todas querrían tener uno y no acabará nunca. —A continuación, con extraña inconsciencia, sin hacer ninguna pausa, preguntó—: ¿Dónde está aquel joven que venía con usted? ¿Se ha marchado? —Es raro que se acuerde usted de él. —Era un muchacho muy guapo. Philip experimentó una extraña sensación que no se supo explicar, pero le pareció que sentía envidia de los cabellos ondulados, del color fresco y de la bella sonrisa de Dunsford. —¡Oh, está enamorado! —afirmó con una sonrisa. Cuando volvía hacia su casa cojeando, Philip se repitió a sí mismo todas las frases de aquella conversación. Sus relaciones eran ya absolutamente cordiales. A la primera ocasión le propondría hacer un retrato suyo más cuidado, seguro de que acogería la idea con alegría. Por otra parte, sus facciones eran bellas, el perfil interesante y aquel matiz clorótico poseía un extraño encanto. Pensó un segundo en la sopa de guisantes, pero apartando esta idea de su mente con desagrado, recordó los pétalos de un capullo de rosa amarilla, deshojado antes de abrirse. Ahora ya no sentía cólera contra ella. —No es mala muchacha —murmuró. Se había comportado como un necio al ofenderse. La muchacha habló de aquel modo por descortesía. Él debía haberse esforzado en producir desde el principio una impresión menos desagradable. Sentíase halagado del éxito de su dibujo. Ahora que conocía su talento la muchacha le consideraría con mayor interés. Al día siguiente estuvo inquieto durante toda la mañana. Sintió deseos de ir a desayunarse a la sala de té pero pensó que habría mucha gente y que Mildred no podría hablar con él. Logró librarse de Dunsford y a las cuatro y media, tras de haber mirado el reloj diez veces, entró puntualmente en el local. Mildred daba la espalda a la puerta. Se hallaba sentada en una mesa en compañía del alemán que dos semanas antes acudía a diario y luego había desaparecido. La muchacha se reía contestando a una frase del cliente. A Philip le pareció que aquella carcajada era vulgar y se estremeció. Llamó a la camarera pero inútilmente. La volvió a llamar luego con idéntico resultado. Finalmente, impacientado, golpeó la mesa con el bastón. La muchacha se acercó enfadada. —¿Qué tal? —le preguntó Philip. —Parece que tiene usted mucha prisa. Le miraba de arriba abajo con la expresión insolente que Philip conocía tan bien. —Pero ¿qué diantre le pasa a usted? —Si hace usted el favor de decirme lo que desea iré a buscarlo. No puedo quedarme a hablar con usted hasta la noche. —Té y tostadas con manteca —respondió Philip. Estaba furioso. Se abismó en la lectura del periódico y, sin alzar los ojos cuando el té fue depositado sobre la mesita, añadió en tono glacial: —Hágame la cuenta en seguida. Así no tendré que molestarla de nuevo. La muchacha escribió en una hoja de papel, la dejó sobre la mesa, y se marchó otra vez al lado del alemán. Segundos después había reemprendido la animada conversación con el extranjero. Éste era un hombre de mediana estatura y cabeza redonda, el rostro amarillento y grandes bigotes crespos. Llevaba un tait con pantalones grises y

una maciza cadena de reloj. A Philip le pareció que las otras muchachas le miraban a él y a la pareja, cambiando miradas significativas. Seguramente se reían de él. Philip notó que le ardía la sangre. En aquel momento detestaba a Mildred con toda su alma. Haría bien no poniendo los pies en aquel local. Pero la idea de que se burlaran de él le resultaba insoportable. Empezó a pensar en el modo de mostrar mejor su desprecio. Al día siguiente sentóse en otra mesa y pidió el té a otra compañera de Mildred. Ésta pareció no darse cuenta y permaneció todo el tiempo hablando con su amigo. Philip eligió para salir el momento en que tenía la posibilidad de encontrarse con ella, y la miró como si no la conociera. Repitió esto durante tres o cuatro días, imaginando que llegaría el momento en que la muchacha diría alguna cosa. Seguramente le preguntaría por qué no ocupaba ya una mesa de las suyas y Philip tenía preparada una respuesta en la que dejaría traslucir toda su antipatía. Reconocía que era absurdo dar tanta importancia a todo aquello, pero no podía menos de hacerlo. Una vez más le sucedió lo peor que podía sucederle. El alemán desapareció de nuevo inopinadamente, y Philip continuó sentándose en otro sitio, sin que la muchacha se fijara en él, hasta que comprendió que lo que él hacía le era completamente indiferente a la joven. Hubiera podido continuar hasta el día del Juicio sin producir ningún efecto. —Pero esto no ha acabado todavía —se dijo entre sí. Al día siguiente sentóse en la mesa de antes. La camarera se acercó y le saludó como si nada hubiese pasado. Philip permaneció impasible, pero no pudo impedir que su corazón latiese con furia. En aquella época las operetas estaban muy de moda y Philip estaba convencido de que Mildred se sentiría muy dichosa pudiendo ir al teatro. — ¡Oiga! —le dijo inopinadamente—. ¿Vendría usted a cenar conmigo una noche para ir después a oír La bella de Nueva York? Tomaría dos butacas. Añadió la última frase con el fin de tentarla. No ocurría a menudo que una camarera fuera a otro sitio que al paraíso. Si alguien la acompañaba no tomaba otros asientos que los de la galería. El rostro pálido de Mildred no mudó la expresión. — ¿Por qué no? —fue la respuesta. —Entonces, ¿cuándo? —El jueves salgo más pronto. Se pusieron de acuerdo. Mildred vivía con una tía en Herne Hill. El espectáculo empezaba a las ocho, por lo que tenían que cenar a las seis. La muchacha propuso encontrarse en la sala de espera de segunda clase de la estación Victoria. No mostró ninguna alegría y aceptó la invitación como si concediese un favor. Philip experimentó una vaga irritación. (*pembroke pines 40th*).

Audiolibro Servidumbre **Humana W Somerset Maugham** **Cap Tulos 48 Al 56**

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>